



PEDRO MOVRLANE MICHELENA



EL DISCURSO
DE LAS ARMAS
Y LAS LETRAS



P. MOURLANE

MICHELENA



EL DISCURSO
DE LAS ARMAS
Y LAS LETRAS





*Biblioteca de
D. Guillermo Barandiarán Alday
donada a la
Biblioteca Universitaria
de Deusto*

2010



PEDRO MOURLANE MICHELENA

EL DISCURSO
DE LAS ARMAS
Y LAS LETRAS



BILBAO
BIBLIOTECA DE AMIGOS DEL PAÍS

1915





A RAFAEL PICAVEA
CON LA AMISTAD DEL
AUTOR.

IMPRENTA DE GARMENDIA Y VICIOLA





Un sofista alejandrino nos ha legado un consejo resplandeciente de cordura: «Cállate o di algo mejor que el silencio».

Vivíamos calladamente esperando a que el mediodía nos dorara el destino.

Mas ante la guerra que abre otro ciclo de hierro, el discurso nos fluta en los labios. Y he aquí que entonces compusimos aceleradamente estas páginas.

No sabemos aún si valen más que el silencio. Pero todo se sabe al fin y eso también se sabrá.



o o o o o o o
El ingeniero
alemán cita a
Demóstenes.
o o o o o o o

EL INGENIERO ALEMÁN
CITA A DEMÓSTENES

(ANTES DE LA GUERRA.)

TODAS las noches oímos la misma arenga del ingeniero alemán. Es un joven prusiano que ama a Prusia—prusianamente.

Hoy también este buen tudesco nos ha exhortado a la acción. Era en el café, mientras los violines acometían un aria en el tablado.

Oid siquiera un trozo del discurso. «Alemania en el centro del viejo mundo, prepara su hegemonía. Hay más hombres germanos que los adictos al cetro de los Hohenzollern. Las afinidades de



El ingeniero
alemán cita a
Demóstenes.

casta son más fuertes que los pactos de las cancillerías. No creáis demasiado en el equilibrio europeo. Allá en Bohemia los germanos rechazan la supremacía tcheque. En los cantones helvecios del Tessino y de Guissons, nuestra vieja sangre restaura a los morados: a los suizos gordos reblandecidos en la quietud bucólica. En el Trentino y en Istria los italianos nos tiemblan. En el Noroeste y en el Nordeste sojuzgamos al fin a Polonia y a la gentuza morena de los Balkanes. En la Livonia y en la Esthonia somos 200.000. Creemos a orillas del mar Azof y hemos fundado veinte burgos en la Crimea: no son sólo colonias oscuras. Nuestra expansión llega a Francia...»

Breve pausa. Brillan los ojos del alemán tras de las gafas redondas.

«A Francia sí—prosigue.—Nues-

tras muchedumbres colonizadoras se desparraman desde el Languedoc hasta la Picardía, desde la Mancha hasta el Pirineo. En París viven 100.000, ¡100.000!»

Breve palmada. El orador pide más cerveza. «100.000, insiste en voz alta, para apagar un crescendo de los violines. ¿Pero dónde, dónde no irán nuestras caravanas? Llegan a Oriente nuestros aguilu-chos rubios, nuestros hombres de presa. Hay colonias prusianas a lo ancho del camino: en la Palestina, en la Mesopotamia, en el Turkestán, en las Indias inglesas, en Calcuta, en Hong-Kong, en Sang-Hai...

¿Pues en África? Bien a pesar de Inglaterra hemos puesto los ojos, nuestros ojos llenos de orgullo, en Egipto y en el Cabo. No hablaré de América. Hemos organizado la potencia militar de Chi-



o o o o o o

El ingeniero
alemán cita a
Demóstenes.

o o o o o o

le. En el Brasil hay un problema que llaman el peligro germano. En una novela, *Channam* de autor indígena, se estudia aunque novelescamente este riesgo.»

Nueva pausa: el ingeniero apura gravemente su doble y reclama otro doble más.

—«Pues en Canadá, los hijos de inmigrantes teutones se niegan a cantar los himnos del país, las melopeas sagradas de los aborígenes. Cantan y cantan el *Deutschland uber alles*. Y bien.»

Largos siseos se alzan de pronto. El violín concertino solloza a la sordina un andante. Nuestros compatriotas prefieren la voz clara del violín a la voz rotunda del alemán. El joven tudesco siente una turbación suave y se bebe de un solo trago su doble.

Cuando la orquesta ha callado, el impetuoso joven continúa.

«Sóis latinos y tendéis al juego y al ocio. Sóis gente de lujo, sóis redundancia dorada, civilización. Amáis demasiado la belleza y no podéis vivir sin filantropía y sin cortesía. Sóis especuladores, espectadores. Si viajáis es por el deleite del viaje. Y tantos años de contemplación, de vagabundaje incierto os han ido enervando.»

Nuevas palmadas. Más cerveza. Nuestro interlocutor insinúa pensamientos abstractos, con beatitud.

«Demóstenes, sí; Demóstenes era un hombre sutil además de ser elocuente. Supo ser diplomático y hasta jactarse un poco ante los atenienses del resultado de sus embajadas. Recordaréis sus aciertos en Tesalia y en Tracia, en la Iliria y en Bizancio. Pues ante la potencia macedónica, fracasaron todas sus trapacerías. Y el retó-

o o o o o o

El ingeniero
alemán cita a
Demóstenes.

o o o o o o



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
El ingeniero
alemán cita a
Demóstenes.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

rico—porque lué más que nada retórico,—se plañía en Atenas, así: «Cuando yo les había vencido por la razón, Filipo lo arrasaba todo por la fuerza. ¿Véis señores civilizados, señores cansados, a qué candidez pueril conduce el ingenio? ¿Lo véis señores vagabundos? Bajo la quilla llena de ovas rosadas, de la nave de Ulises, no cantan ya los delfines latinos. Somos nosotros, los viejos wikins, los viejos godos, los que os avasallamos. Noventa millones de hombres hablamos alemán. Pronto los mercados de oro, los graneros del mundo estarán en Berlín y en Francfort. Sóis el *greculus histrio* los compasivos, los contemplativos, y amáis el ocio y la ironía demasiado.

...Oh, pobres sabios sensuales.
¿Qué opondréis al Filipo tudesco?
¿La razón como Demóstenes? En

fin, bebamos lentamente la cerveza oscura, por la salud del gran Emperador Guillermo II, y por la de su gran canciller.»

Nuevo silencio. El alemán ve ya en su sueño de conquista a sus compatriotas rubios colonizando el Nervión. Los violines están sonando de nuevo, están jugando, divagando, comentando el viaje de Sigfrido por el Rhin...

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
El ingeniero
alemán cita a
Demóstenes.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



o o o o o
Polentini
estratega.
o o o o o

POLENTINI ESTRATEGA

PREMEDITADAMENTE, hemos puesto la estampa del estratega en el libro del kronprinz. La estampa es de 1550 o de 1552. Es de un Polentini joven y se hizo en Rávena. El estratega, casi adolescente, tiene una mano sobre las cejas, para avizorar aguiladamente la lejanía. Al fondo, en un campamento piafan dos bridones de crines finas. El Polentini lleva en la otra mano, entre la bocamanga de encaje, un rollo. Y es aquí, en este rollo, donde el prócer ha planeado meticulosamente. Ya están en orden los piqueros, los



Polentini
estratega.

centuriones, los velites. Ya están nutridos los frentes, ya están nutridos los flancos. El joven se ha doblado, un día y otro día, sobre el papel. Ha atendido estrictamente a la ordenanza. En este rollo hay pormenores sutiles. Se manda que el penacho de un condestable sea azul, que el plumero de un centurión sea verde. Se eligen los caballos, se dan algunas reglas para la remonta: se considera, sin duda, la capacidad balística de las bombardas. Y más aún: se planta la tienda mayor, se abre la vía capitana, se abre la vía de la cruz, se trazan con exactitud otras vías. Se dibujan torreones, rastillos, ballesteras... Se cuentan los carros de las vituallas.

Pues este estratega tenaz se parece, en los ojos y en el aire, al kronprinz. Por eso hemos puesto la estampa entre las hojas del vo-

lumen. El príncipe heredero no quiere aleccionar, sino guerrear. Su libro no es, ciertamente el libro de un estratega: es el de un patriota. Sus citas, son las citas del entusiasmo: Alejandro, en Setos, golpeando su escudo sobre la tumba de Aquiles; Anibal, en Espoleto, acariciando a los elefantes. El elector Guillermo, en el camino de Fehorbelling. Sí; en el libro del kronprinz, se adora la guerra y se vaticina la guerra. Estos días hemos leído, también, el volumen del príncipe de Bülow. El estadista fluctúa entre la cancillería y el generalato. Se complace en la doblez, en el giro ecléctico. Al fin, laureado en humanidades es ducho en la mayéutica: domina el arte de sugerir y el arte de inquietar. Canta a la paz, con atenuaciones adversativas. Advierte que el Imperio no

Polentini
estratega.

Polentini
estratega.

se ha reblandecido en el uso de la filantropía. «Vivir—afirma—es, después de todo, expropiar.» Prodigia aforismos como éste, que son de los que caen más allá del bien y del mal: «Si Francia no nos reta—viene a decir,—repositamos a la sombra de la espada». O sea: el ex-cauciller, entre insinuaciones sagaces, nos augura la guerra.

Hemos salido a la calle a meditar estas ideas. Comprobamos que son familiares a todos: transeuntes, ajenos al catastro, se dueñen de la depresión bursátil. Se vitupera a Abraham y Compañía: la sinagoga y el agio. Se susurra la quiebra de algunas Casas. Se hacen agujeros sobre la bancarrota local. Y tal personaje sumario, exclama con amargura:—¡Es terrible!—Este personaje no tiene, quizá, ni rusos consolidados, ni

amortizables franceses. Pero tiene sensibilidad, civilidad. Recusa la guerra, que no es ahora el torneo largo, según la frase del cronicón carlovingio de Turpín. Sí; se puede condenar la guerra. Somos sensibles, cada vez más sensibles, a los dolores humanos. Toda la civilización es eso: sensibilidad, más sensibilidad. Pero, ¿y Bülow, y el príncipe heredero, no razonan también la guerra? Sí; y en este instante, luego de oír a unos y a otros, no sabemos si argüir en pro de la paz, o argüir en pro de la guerra.

Polentini
estratega.



o o o o o o o

El cuarto
renacimiento.

o o o o o o o

EL CUARTO RENACIMIENTO

EN 1911 o 1912, aventuramos unos juicios sobre el señor Flach. Nos condujimos aviesamente con este señor: lo confesamos, ahora, con voz contrita. Queremos, a toda costa, olvidar aquel dictamen temerario.

El señor de Flach, es un historiador. Explica en el Colegio de Francia, *Historia de las legislaciones*. El profesor diserta, casi siempre con limpidez cartesiana. Inmola, según se dice, la fluencia a la claridad. Resume luminosamente sus conocimientos: El señor de



o o o o o o o

**El cuarto
renacimiento.**

o o o o o o o

Flach alecciona como un maestro de raza. Aun los más profanos recomiendan con algún calor sus epítomes. Pues nosotros, en un instante de misantropía, menoscabamos estas virtudes preclaras. Ya expiaremos la ligereza, la expiamos ya.

Hemos leído un volumen de Flach. Este volumen, que nos indujo a agraviar alevemente al autor. Veamos, en seguida por qué.

El señor de Flach, propugna una teoría rara; la compendiamos aquí, en una nota somera.

Según este profesor, la vida de las sociedades humanas, se ajusta a un ritmo alterno, a un compás de sístole y diástole. Premeditadamente conservamos los giros de Flach. La teoría es de una vejez venerable. Porque Heráclito enseñaba a los del Asia Menor así: «El mundo es un fuego que se amortigua, y se inflama alternativa-

mente». Después, Heráclito, abattía su barba gris en el pecho. Y a lo mejor agregaba: «Se dan dos ciclos. Fijaos bien: dos ciclos; el uno es de plenitud, el otro de laxitud».

Flach, nos dice con menos pompa que Heráclito: «En el aula, en los libros, en las conferencias, he expuesto esta idea cardinal: «Hay en las sociedades un vaivén perdurable, una energía centrífuga y una energía centripeta. Así, pues, decaen, se reconstituyen, decaen de nuevo, para reconstituirse después».

Flach, aplica este postulado a la Historia de Francia. Y es más: luego pinta un diagrama, un esquema gráfico, para esclarecer esta digresión.

La Historia de Francia, se descompone para el señor de Flach, en cuatro grandes ciclos. Ahora bien: cada uno de estos ciclos tiene su sístole y su diástole, su plenitud

o o o o o o o

**El cuarto
renacimiento.**

o o o o o o o

El cuarto
renacimiento.

y su laxitud. Y más aún: cada una de estas fases se divide también en dos. En seguida el señor de Flach enuncia un apotegma ambiguo, un apotegma a lo Pedebidou. Lo pondremos aquí, no sin cierta perplejidad: «La historia se desenvuelve en un ritmo cuaternario». Pero, en fin, nos internaremos ahora, con Flach, en las genealogías, en las cronologías, en los anales de Francia.

Nos detenemos en el siglo nono. Vemos un instante a Carlo Magno en Aquisgrán. El emperador está en su silla de oro. Acaricia la espada que ha llameado ante el turingio, el croata, el esclavón, el corso, el avar. La diadema de veinte luces nos ofusca los ojos. El emperador lee después un edicto capitular. El sol francés arde en su Mediodía. Se ha abierto el ciclo de la plenitud. Pero los años se van

presurosamente. Llegamos, así, de pronto, con Flach, al siglo x. Vemos, otro instante, cómo declina, al fin, el esplendor carlovingio. Ya en la Neustria de Carlos hay mucha sangre bastarda. Pasan Carlos el simple, Roberto el simple. Son menos reyes que los barones. Han perdido la Aquitania, la Normandía, el Arlés.

Va a florecer la Francia feudal. O sea: se ha abierto el ciclo de laxitud. Mas continúa el vaivén renovador. Estamos (siempre con Flach) en el siglo XIII. Frecuentamos, el instante habitual, a los Capetos de la tercera raza. Vamos con Felipe Augusto a conquistar la Bretaña, la Turena y el Anjou. Ensanchamos el Reino y el poderío. Pero adviene Luis VIII, y en seguida Luis IX. Se estatuyen los baillíos reales, el parlamento, la corte judicial. El sol de la gesta

El cuarto
renacimiento.

El cuarto
renacimiento.

imperial tiñe de púrpura las naves de los cruzados. Pero el tiempo es inexorable. Se insinúa la decadencia. Va a promediar el siglo XIV. Los Valois pierden territorios. Inglaterra expugna Calais. El señor de Flach no nos deja ver, ni aun de lejos, la muerte negra, ni la *jacquerie*. No importa. Han transcurrido cien años, doscientos años. Apunta como una aurora, ¡oh, tropo de manuell, un tercer renacimiento. Resbala vertiginosamente otro siglo. Y miramos, con la venia de Flach, inflamarse el fuego otra vez. Saludamos, desde lejos, con un pañolín de encajes a Turena, a Condé, a Renau.

Renace de nuevo la epopeya, Luis XIV, arrasa el Palatinado, para que medie un desierto entre Francia y los enemigos de Francia. La nación recobra su grandeza. Da a la vida, aunque indolentemente,

un aire cesáreo. Se complace al mismo tiempo, en la guerra, en las artes, en el placer. Pero el tiempo acomete su obra ineluctable. El país se enerva otra vez. Pasan cien años: la vida rueda en la órbita fatal. La enciclopedia trae la declaración de los derechos del hombre. Trabaja la guillotina: los mejores pierden su cabeza. Ya después, en el siglo XIX, hay indicios de resurrección. El señor de Flach, aunque no los ve, lo presiente.

«No se ven aún, nos decía en 1911 ó 1912. Todo parece confluír a una anarquía estéril.» Mas la antigüedad nos ha legado un proverbio consolador: «Lo que parece, no es lo que es». Flach preconiza la cordura de este proverbio. Luego, añade algo sibilinamente. «La historia se desenvuelve en ritmo cuaternario. Llegan, pues, días de plenitud. Apunta el cuarto renaci-

El cuarto
renacimiento.

◊◊◊◊◊◊◊◊
**El cuarto
renacimiento.**
◊◊◊◊◊◊◊◊

miento. Culminará de nuevo en el cenit la grandeza de Francia.»

En 1911 o 1912, para invalidar estas conjeturas, nos condujimos aviesamente. Clavamos tal o cual saeta en el flanco del señor de Flach. Mas ahora, en 1914, la teoría de este doctor, es un vaticinio. La guerra ha rehabilitado a Flach, que pasa a ser, si él quiere, nuestro amigo Flach.

Según se prueba en el manual de este varón preclaro, hay en la Historia de Francia tres renacimientos. Los encarna Carlo-Magno, San Luis y Luis XIV. «¿Quién encarnará,—pregunta Flach—el cuarto renacimiento?» La guerra dá un valor inesperado a esta pregunta...

Heráclito abatía la barba gris sobre el pecho para decir a los del Asia Menor:

«Se dan dos ciclos.»

Fijáos bien, dos ciclos: el uno, de plenitud; el otro, de laxitud. Luego, Flach, sin abatir su perilla, afirmaba:

«Hay en las sociedades un vaivén perdurable, una energía centrífuga y una energía centrípeta. Así, pues, decaen, se reconstituyen, decaen de nuevo para reconstituirse después.»

Esperemos los días de plenitud. Han venido siempre con estruendo de armas.

Así, pues, acaso, el fin de la guerra actual, coincida con la onda renovadora, con «el cuarto renacimiento». Así sea.

◊◊◊◊◊◊◊◊
**El cuarto
renacimiento.**
◊◊◊◊◊◊◊◊



o o o o o o o

Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.

o o o o o o o

SE RECUERDA A MAURICIO
ELECTOR DE SAJONIA

EL coronel mira a través del monóculo un plano de campaña. Luego se quita un guante y nos dice con certidumbre.

—En 1540 Mauricio, elector de Sajonia, llamaba a la caballería «el rayo». Es una imagen feliz. Vea usted este esquema. El original tiene veintitrés siglos. Mire bien con la lupa esta meseta del Peloponeso. Aquí donde clavo la bandera azul, fué Mantinea. Aquí la falange de Epaminondas hacia la cuña cuadrangular. Aquí, donde clavo la banderola verde, esperaba

o o o o o o o

**Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.**

o o o o o o o

la caballería. Piense usted un instante en los catafractas, en los centauros de hierro. Mire usted, ahora, las posiciones del enemigo. Había que hender el centro de los lacedemonios. Se confiaba en las cuñas, en el orden oblicuo. Pero había que batir, también a la caballería espartana. Pues bien: mire usted la esquema. En este flanco están los catafractas, los centauros de hierro. Entran fulminantemente, en un relampaguear de lanzas, al combate. Rompen, dislaceran, aplastan. Ya no hay apenas jinetes espartanos. Hay cien, cincuenta, veinte, ninguno. Epaminondas es vencedor. Tiene una saeta en el costado. Va a morir: no importa. Gracias a la caballería, Epaminondas es vencedor.

El coronel se quita el otro guante. Hay en el muro un relieve de mármol. Es copia del friso de un

mausoleo. Tres caballos galopan arrogantemente. Las crines flamean al viento como pabellones. Se presiente ante un galope tan armonioso, un arco de triunfo en la lejanía.

—Sí, sí—asegura nuestro interlocutor.—La caballería es el rayo.

—El elector de Sajonia—argüimos—, podía tornear su imagen en 1540. La artillería que conoció es la artillería de la infancia. Sonreímos en los museos a los falconetes, a los pasavolantes, a las cerbatanas, a las culebrinas de fuego. Sonreímos, también, a las piezas que batían murallas: los truenos, los basiliscos, los cañones bombardos. Compadecemos, más tarde, a otras piezas que batían las naves del mar: el mortero pedrero, el trabucón. Mauricio de Sajonia estuvo en Mulhberg. Pero de Mulhberg a Charleroi hay cuatro siglos.

o o o o o o o

**Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.**

o o o o o o o



o o o o o o o

Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.

o o o o o o o

El coronel nos interrumpe:
—Ahora, como siempre, la caballería es el arma de efecto moral. Su misión sigue siendo igual que hace mil, que hace dos mil años. Usted ya sabe que Jenofonte escribió un Tratado de Caballería. Pues los preceptos de este libro rigen, en cierto modo, aún. Jenofonte fué jinete de Ciro, y luego de Aquesilao. Asistió a diez cargas en Coronea. Pues ahora podría ser un húsar, o un dragón de la muerte.

No hay victoria completa sin persecución: no hay persecución, es claro, sin caballería.

No lo digo, eso no, porque sea mi arma. La caballería vence de nuevo al vencido. Le pone el suño en la espalda. Ha cortado los laureles de Garellano, de Marengo, de Austerlitz, de Wagram.

Hace días he leído un relato de la acción de Mars-le-Tour. Es un

episodio muy interesante. Quien lo refiere es un general francés. Es un día de Agosto, al promediar la tarde.

Una brigada de Wedell—la 38—después de bordear el barranco, va hacia la cresta del Norte. Mas, de pronto se vé asaltada por la división de Cissey. Los asaltantes irrumpen, rompen y arrasan.

Los westfalianos se precipitan en el barranco. Tropas de la división de Cissey: el 20 de cazadores, el 57, y compañías del 1, del 6 y del 13, se desparraman en la cresta del Sur. Desde allí dominan el glacis que se tiende hacia Mars-le-Tour. Por allí se dispersan restos de la brigada. Es decir: se evaden, llenos de estupor. El general Voigts Rehetz, le grita al general Schward-Koppen:

—«Si ahora aparece la caballería, estamos perdidos.»

o o o o o o o

Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.

o o o o o o o

o o o o o o o

Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.

o o o o o o o

Y bien: la caballería aparece; pero no la francesa, sino la prusiana.

Llega el 1.º de los dragones de la guardia. Llegan, también, dos escuadrones del 4.º de coraceros. Operan con rapidez un movimiento envolvente. Paralizan el ímpetu de la división Cissey. Contraatan, fulminan, vencen. ¡Ah! La caballería es el rayo.

El coronel clava en un diseño del 70, una banderola amarilla, una banderola bermeja, una banderola morada.

—Mi coronel—le argüimos de nuevo.—Ahora, los frentes de infantería se ensanchan. Se pelea en orden abierto. Y usted nos habla aún de hender, de dislacerar, de partir...

El coronel replica muy pronto:

—También la caballería puede ensanchar los frentes. Es fácil des-

baratar ese reparo de usted. Ya adivino la argucia que me prepara. Otra más. Piensa usted en el auge de la balística.

—No, señor,—respondemos—; no, señor. Miramos al esquema y nada más.

El coronel continúa:

—Nunca faltará una quiebra para cubrir las formaciones terminales de la caballería. También tronaba el cañón cuando Marvax y los suyos se recogían aquí en la garganta de Dionville, cuando los dragones de la guardia se recogían aquí en el valle de Lavoisier, en la batalla de Mars-le-Tour.

Hay un libro luminoso del coronel Ardant du Picq. Es anterior al 70. Es un libro lleno de profecías. Se llama *Estudios sobre el combate*. El autor divaga sobre la misión eterna de la caballería.

Lea, lea el volumen. Compre-

o o o o o o o

Se recuerda a
Mauricio elec-
tor de Sajonia.

o o o o o o o



o o o o o o o
**Se recuerda a
Mauricio elec-
tor de Sajonia.**
o o o o o o o

bará que los cañones rayados, o los fusiles de precisión, no alteran la táctica de la caballería. Ardant du Picq resume sus digresiones en esta frase: «Quien use de la caballería con más audacia, será indefectiblemente el vencedor». O sea, que nuestra arma seguirá cortando los laureles muchos lustros, muchas centurias aún.

Ya sé, ya sé que se posterga a la caballería. Pero hay ejemplos recientes. Por cometer esta preterición, los búlgaros no vencieron del todo, ni en Kir-Kilissé ni en Lule Burgas.

Se hace un breve silencio. No sabemos qué decir. Miramos en las paredes unas reproducciones familiares. El Napoleón III en Solferino, de Meissonier: algunos soldados de Raffet: estampas de Unceta.

Hablamos a nuestro interlocutor de pintores militares. El co-

ronel nos escucha algo distraído. No quiere desviarse del tema primordial.

—Ya sé, ya sé—repite de pronto—que se posterga a la caballería. Prusia al fin fué derrotada del todo en Jena, por la persecución de la caballería. Veintiocho días, con veintiocho noches, duró la tunda. ¿Quiere usted más ejemplos.

—No, no—contestamos.

El coronel recoge sus guantes, los arruga, los desarruga. Después, lentamente, mientras examina otro plano, se los pone.

—Mire usted—nos dice. Es la expedición de Alejandro Farnesio a Francia. También aquí la caballería fué el rayo...

Pasan algunos instantes. Y vamos a salir a leer telegramas de la guerra. Pero insinuamos otra vez una duda maligna.

o o o o o o o
**Se recuerda a
Mauricio elec-
tor de Sajonia.**
o o o o o o o

o o o o o o o

Se recuerda a
Mauricio, elec-
tor de Sajonia.

o o o o o o o

—¿Y esos cañones del 42 no modificarán la acción de la caballería?

El coronel nos mira, adustamente, a través del monóculo. Se quita otra vez los guantes. Busca un esquema reciente. Es la región del Aisne. Lo fija en una carpeta. Y exclama:

—Si Mauricio, elector de Sajonia, resucitara de pronto aquí...

Nuestro amigo parte de esta conjetura y sigue, sigue de nuevo... Nosotros le oímos encantados.



o o o o o o o

Las disciplinas
miliares.

o o o o o o o

LAS DISCIPLINAS MILIARES

LA muerte de Pío X nos trae motivos amplios de meditación. Pío X supo restaurar las disciplinas miliares. Asentó bien incontestablemente la autoridad, la jerarquía inmóvil, el mandato. Se-gó, con mano de hierro al cercén, las entelequias de los reformadores, sus arbitrios profanos. Y gracias a este rigor hubo, en todo el mundo, un resurgimiento católico. Se argüía con Francia. Pues bien, en Francia, parte de la juventud —intelectual, es claro— es católica. Hace un año, o hace más tal vez, Eugenio D'Ors razonaba esta rea-



Las disciplinas
miliares.

lidad francesa. Recordamos sin precisión su glosa. Nuestro buen amigo escribía que los alumnos de la Normal eran católicos practicantes, y más aún militantes. No eran los politécnicos, los de la ciencia aplicada: no eran los cartistas, los estudiantes de Historia, los eruditos. Eran los alumnos de la Normal, los especuladores, los razonadores agnósticos de ayer, los titulados en Filosofía y en Biología. Han agotado su Darwin y su Kant. Son, en cierto modo, de genealogía laica. Conocen las sorpresas recientes de la ciencia: los Annahmen de Meinong, la relatividad de Minchowski, los tropismos de Loeb, las mutaciones bruscas de Hugo de Vries. Trabajan en las bibliotecas, en los museos, en los observatorios, en los hospitales, en los gabinetes. Y a pesar de eso, o por eso mismo, más bien, son idealistas fer-

vientes, son católicos, aman la liturgia. La dignidad del Papa en los días de la separación, fué un ejemplo vivo. Ahora, después de algunos años, se instaura el vasallaje a la Iglesia. Tenemos entre los libros nuevos hasta diez hagiografías de santos, de escritores franceses.

La muerte de Pío X nos sugiere otras meditaciones. Pero ahora el silencio es el tributo más delicado. Pensemos mientras dura la ritualidad del escrutinio, en la guerra que ha matado al Papa.

Las disciplinas
miliares.



o o o o o o o

El hombre
de la Mancha.

o o o o o o o

EL HOMBRE DE LA MANCHA

CENTENARES de braceros vuelven a sus provincias. Se cierran minas, talleres, obras. La guerra ha refluido aquí, como refluye en las grandes ciudades. Hoy mismo hemos abordado a uno de los que se van. Parecía tallado en roble. Era un hombre enjuto de la Mancha. Tenía los ojos grises, el perfil aguileño. Llevaba al hombro el ajuar: y en la mano un garrote de nudos. Este hombre ha nacido para trashumar. Ha apacentado merinos en Soria; ha sido cavador en tierras de Ríoseco; era estos días peón minero en Gallarta.

o o o o o o o

El hombre
de la Mancha.

o o o o o o o

Cuando íbamos a hablarle, el hombre de la Mancha ha alzado sus hombros con adustez.

—Todo es igual—ha dicho, como retando a los penates adversos.

No, no. Todo no es igual. Una Junta de autoridades trata de conjurar el éxodo de braceros. Un señor minero ha atenuado, además, la inquietud de los menesterosos. Se pensaba en emplear braceros en las obras públicas. El señor minero cree que este recurso es un poco vago. Se puede evitar que paren las minas. No hay mercado alemán, pero los hay aún en Inglaterra y en los Estados Unidos. Además, han parado estos días las minas suecas, que exportan cuatro millones de toneladas, y las argelinas. Si mengua, pues, la demanda, mengua también la oferta. El señor minero exhorta a las Empresas a que afronten con vigor la cri-

sis. Pueden continuar las faenas en las minas. Se puede prevenir el hambre, y el dolor de una multitud de mujeres y de niños. Se requiere el concurso del Gobierno, el concurso del Banco de España y de los Bancos locales.

Acaso la realidad desbarate estas previsiones del señor minero. Nosotros registramos, con alguna fe, sus palabras. No olvidaremos al hombre de la Mancha.

«Todo es igual.» La sentencia es secular. Un estoico de Roma, Cornuto el Seco, había hablado así.

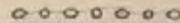
Pero Cornuto tenía pan y talento.

El hombre de la Mancha no tenía más que un garrote y los ojos vueltos contra el destino.

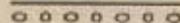
o o o o o o o

El hombre
de la Mancha.

o o o o o o o



La epopeya
no es un juego
de niños.



LA EPOPEYA
NO ES UN JUEGO DE NIÑOS

EUROPA nos reclama. Todavía no nos pronunciamos ni en pro ni en contra de la guerra. Los que ven con ojos impasibles, señeramente, nos arguyen así: La guerra, es un capítulo de historia universal. El guerrero realiza un destino augusto. No nacemos predestinados al bienestar, sino a la grandeza. El tiempo ennoblece la sangre de las batallas. Hace treinta siglos, combatían por la belleza aqueos y troyanos. Aún nos parece oír, tras de la efigie de Elena, un choque heroico de picas y de

o o o o o o o
**La epopeya
no es un juego
de niños.**
o o o o o o o

broqueles. Mas ahora, no nos intimida la crueldad. La epopeya no iba a ser un juego de niños. Murieron aplastadas las falanges combatientes. Cayeron bajo la mirada propicia de Minerva o de Marte, Patroclø y Hector. Ardieron los muros fabulosos de Troya. Pues todo, todo aquello es para nosotros deleite: es decir, el canto cuarto de la Iliada. El tiempo transfigura las realidades dolientes de la guerra. Sin remontarnos al mito, argüiremos también: ¿Cuántos murieron en San Quintín? ¿Tres mil? ¿Diez mil? Es lo mismo. Al recordar el hambre que siguió al asedio, ¿nos conturbamos? No. Tenemos un retrato ecuestre de Filiberto de Saboya. Tenemos las memorias de Coligny, el gobernador de la Picardía. Pues miramos este retrato y hojeamos estas Memorias, ajenos a

la crueldad de la guerra. Cuando Coligny nos elogia su espada, nos rendimos a la ley de la espada. Pero ya se sabe que de estos héroes de San Quintín, todo es historia universal. Nos avenimos a que alternen la moral de la Arcadia y la del campamento...

Pero los que miran con ojos impasibles, señeramente, son los menos. La civilización es sensibilidad, más sensibilidad, tornamos a escribir. Los aforismos glaciales, cuando están torneados con elegancia, nos deleitan. Pero en el fondo de este dandismo, late violentamente nuestra sensibilidad. Somos adictos a la estética y posamos a veces de impasibles. Pero un día, de pronto, nos mezclamos a las querellas de la multitud. Aunque los elegíacos son los canallas, o lo eran más bien en los breviaros de la distinción en 1880,

o o o o o o o
**La epopeya
no es un juego
de niños.**
o o o o o o o

o o o o o o o
La epopeya
no es un juego
de niños.
o o o o o o o

somos elegíacos. Miramos con inquietud en el puerto o en los andenes a los menestrales que se repatrían. Nos condolemos del paro de la mina, del taller, de la tienda. Deploramos con simpatía cordial hacia el menesteroso, el alza de la harina y el carbón. No por eso declina nuestro idealismo habitual.

No. No nos aventuramos a emitir el veredicto final sobre la guerra. Evitamos siempre el dictamen perentorio. Nos place más volver sobre el asunto, o si se quiere examinar, fluctuar, divagar.



o o o o o o o
En Versalles.
o o o o o o o

EN VERSALLES

AHORA bien; los prusianos bombardean Versalles.

Hemos leído el despacho que nos lo anuncia así brevemente. En seguida nos fluye este soliloquio.

¡Oh, Versalles, ciudad de clásicos, ciudad de Luis XIV, restaurada por otro Luis! Nos evocas a algunos maestros queridos.

Le Notre: sus jardines son los jardines de Francia. Tú eras un poco arquitecto: Pusiste la simetría, la razón sonriente, la gracia, en tus parterres. Socializaste el bosque: hay en tus frondas, hay en tus fuentes una geometría de-



En Versailles.

licada. Girardon, que amaba el orden como tú, modeló unas academias frías para tus parques. Jardines de Francia, nobles *jardines de la inteligencia*. Sóis el método, la claridad. Vuestros senderos son rectos, vuestras aguas van por cauces de mármol. Le Notre: eras jardinero de raza. Tu arte se aproxima a la arquitectura. Recortabas un boj, mesuradamente, como Renato Descartes una cláusula.

Lebrún: Tenías un espadín latino. Ibas para gentilhomme, para senescal. Eras, al fin, del gran siglo. Pero sabías pintar, y fuiste el pintor del Rey. Serías más ceremonioso de lo que conviene. Tus pinceles fueron demasiado doctos. Te remontabas mucho. Pintastes las proezas de Alejandro con solemnidad. No nos interesan tus palafrenes, tus ma-

tronas, tus esplendores babilónicos. Pero, al fin, eres también un galo. Y de cuando en cuando, como en el castillo de Versailles, das una nota de estilista. Dispones tus figuras a lo decorador, con simplicidad armoniosa. Eres preceptor, mentor; doctor. Pero pones en tu magisterio, de tarde en tarde, eso sí, una cortesía de rango. De tu academia salieron después de todo, aquel Mignard, aquel Largilliere...

Colbert. Más que intendente eras maestro de ceremonias. Tenías la mano horadada como los reyes pródigos. Se te filtraban las rentas de la corona. Pero... Juan Bautista Colbert: te queremos. Mazarino te inició en las artes y en el lujo. Tú te complaciste en llevar a Versailles las mejores Dianas, las mejores Proserpinas de la escultura. Tú pagabas los devaneos de

En Versailles.



En Versailles.

las Tirsis, de las Cloris, de las Amarilis de Versailles. Traías encajes, porcelanas, maderas finas. Algo después, el señor Guillotín, inventó la guillotina. Pero mi buen Colbert, ¿eso qué importa?

Boulle. Eras muy modesto: eras ebanista. No tomabas rapé, no tenías casacas. Te afanabas un día y otro en un taller oscuro. Pero te estimamos con lealtad. Trabajaste el ébano, el palosanto, el Carey, silenciosamente. Unos te llamaban fundidor, y otros incrustador de estaño. Pero además hacías muebles. No se olvidan así como así tus cornucopias, tus arcones, tus mesas. No conseguiste, eso no, la elegancia. Repetías tus trucos: el espejo, el medallón ovalado, las incrustaciones algo recargadas. Sí, sí; pero en el palacio de Versailles yerra tu sombra.

Al llegar a este punto cortamos

el soliloquio. Creemos oír sordamente, en la lejanía, el estampido de los morteros prusianos. Pero reanudamos nuestro monólogo así:

Versalles, ciudad de clásicos, no puedes arder. Eres militar. En las galerías de tu Museo, están los fastos militares de Francia. Hasta la pintura es un poco militar. Se celebran las victorias de Luis XIV, de Luis XV, de Luis XVI, las campañas de Napoleón, los anales de la guerra del Imperio. Hay allí grandes gestos. El penacho de Fontenoi y de Rocroy despliega su arrogancia. Luego en el patio, en torno del Rey Sol, yerguen sus torsos viriles capitanes de quince codos (oh imagen homérica). Du Guesclin, que ganó batallas después de muerto, como el Cid; Bayardo, Condé, Turenna el mariscal de Montebello, Trevisse...

En Versailles.

o o o o o o

En Versalles.

o o o o o o

Versalles, tú no puedes arder con el bombardeo alemán.

Las estancias de tu palacio (oh capilla de Bossuet) viven a la sombra de estos guerreros tutelares. Además, el Ejército francés continúa la historia de Francia.

Hacemos otra tregua.

Nuevamente nos parece oír allá en una lejanía remota el retumbar de los morteros. ¡Oh, tudescos de cabeza tenaz!, ¿no os basta con Malinas? ¿no os basta con Brujas?



o o o o o o

La tierra
es oro.

o o o o o o

LA TIERRA ES ORO

EN el legado familiar había monedas de oro viejo: soles del Perú, doblones, peluconas. El antepasado guardaba en un bargueño de clave, todo el oro de ley. Bien sabía vincular la hacienda. Nos dejaba el molino, el robleal, las monedas augustas. Pero nosotros, sin comprender la cordura del testador, cambiamos el oro por papel... Es más, nos dolimos de la avaricia del mayoralzo. Y he aquí, por ahora, si cerramos los ojos, se nos perfilan los Borbones sonrientes de las peluconas.



o o o o o o
**La tierra
es oro.**
o o o o o o

No tenemos más que papel: o sea, un valor fortuito. La guerra refluye en todos los Bancos. Y el papel corre la suerte aleatoria de la guerra.

Estos días hemos mirado al trasluz con cierta melancolía, nuestros amortizables rusos. Otras gentes han mirado también con alguna alarma sus valores. Se había cerrado un Banco. Unas hojas clandestinas auguraban desastres. ¡con esta onomatopeya inquietante *krak!* Pero se han traído millones, más millones, con urgencia. Y ahora el papel se rehabilita. Con todo, hay que elogiar la cordura del testador, que salvaba de la intemperie el oro de ley.

No quería más que eso: el oro y la tierra, que es oro también. Un palmo de tierra es además el vínculo, el hogar. Al margen de

Tito Livio, al comentar las leyes agrarias, se infieren aforismos felices. Allí, en la Roma, en el Estado ejemplar, los nobles no se avenían a partir el latifundio. Eludían la ley o la acataban al sesgo. Mas la plebe conocía ya las artes de los rábulas, porque la plebe fué un vivero de rábulas

Los patricios desdeñaban también al valedor papelero que les urdía las tretas. Idearon un recurso nuevo para desarraigar a la plebe: fundar colonias y luego darle unos rollos que eran dinero colonial. Pero la plebe se mantuvo firme. "Vale más, decía, ser pobre en Roma con tierra, que opulento en Ancio". Valía más, sin duda: los títulos coloniales no eran más que eso: títulos.

Bien sentimos ahora no tener en lugar de estos amortizables, unas bancales de tierra paniega;

o o o o o o
**La tierra
es oro.**
o o o o o o

o o o o o o
La tierra
es oro.
o o o o o o

una yunta de bueyes y un molino de viento. Bien sentimos no seguir las fases bancarias, indolentemente, como se siguen las fases de la luna. Aún tenemos una esperanza remota. Porque según parece los cosacos invaden la Prusia oriental.



o o o o o o
La fe arde
en su mediodía
o o o o o o

LA FE ARDE EN SU MEDIODÍA

TENEMOS delante un plano de 1300, de la catedral de Reims. Es aquí, en los anales de los Capetos, de un prior de la Orden benedictina. Es una copia, no del todo fiel. Nuestro prior retocaría el diseño con su mano amorosa. El original, el que trazó Roberto de Coucy, para los consejeros, tenía ya los perfiles desvanecidos.

Se iban esfumando en el pergamino las bóvedas de crucería, la girola, el rosetón abierto para reverberar con la luz. El plano de



o o o o o o o
La fe arde
en su mediodía
o o o o o o o

Coucy, en el archivo, contraía esa tenuidad, que es como el dejo de los siglos, cuando el historiador fué a verlo piadosamente. Apenas se leía el nombre del maestro "Robertus C..., fecit 12...". No se leía tampoco la leyenda arcaica del pie.

Pues ante este plano que ahora tenemos delante, nos decimos: He aquí el siglo XIII francés. Estamos en la Picardía, en el Artois, en la alegre Champaña. En las villas del dominio real se erigen catedrales. Los maestros de obras no dan tregua a la mente. Planean, un poco febriles, en Amiens, en Chartres, en Laon...

Arde la fe en su mediodía más claro. Las almas son como arcos tendidos hacia la altura. La cristiandad pasa por su ciclo ingenuo. Los albigenses se han rendido a la mano de hierro de Felipe Au-

gusto. Tal vez en el Languedoc, que es un feudo, los patarinos insinúan de nuevo la falacia maní-quea. Pero pasan algunos años. Ahora se ha ceñido la corona en las sienas blancas, un capeto predestinado a la grandeza. Luis IX. Tiene sangre de Castilla y tiene el haz de virtudes, como se dirá más tarde en los cronicones. Luis IX, la flor de la realeza, avía sus naves, para la nueva cruzada.

Roberto de Coucy, pone también ardor cristiano en sus proyectos. Allá en el fondo de su taller se dobla sobre el pergamino y y traza las bóvedas de crucería, la girola, el rosetón, que después, mucho después copiaran, no sin cierta osadía los eruditos...

Ahora, en la ciudad de Cloussy, va a alzarse una catedral. El señor obispo ha enviado un mensajero a los dos Robertos, al de Cou-

o o o o o o o
La fe arde
en su mediodía
o o o o o o o



o o o o o o o
La fe arde
en su mediodía
o o o o o o o

cy, que trabaja con fiebre en Reims, y al de La Tarches, que se desvive en Troyes. Ninguno de los dos Robertos, aunque son de una cortesía ejemplar, ha contestado aún al señor obispo. Pedro de Corbiers, el maestro, no puede deferir tampoco a la invitación del prelado.

Así, pues, se ha abierto un certamen entre los maestros de obras.

Se han presentado solamente tres. Y uno de ellos, el mejor, que es Hugo de Courtenay, ha dicho a sus jueces: "He aprendido a aligerar la masa en Coucy el de Reims."

¡Oh, si! Su catedral no pesa. Se burla de la gravedad, fluye, se eleva, se extasía en el azul. No reposa en la tierra: pende más bien del cielo con una gracia inefable.

Sí, se ha planeado este templo cuando la fe arde en su mediodía. Algunos años después declinará el fervor. La realeza ensanchará su fuero. Va a sobrevenir un litigio de prerrogativas entre Felipe el Hermoso y el Papa Bonifacio VIII. Luego, un litigio más grave entre el poder temporal y el espiritual. Pero todavía cuando Roberto medita en Reims dura, según la frase del místico, la embriaguez celeste de la Edad Media.

Pero pasan los siglos, pasan los renacimientos, las reformas, las revoluciones. Y un día, un hombre de nuestro tiempo va a meditar a Atenas. Este hombre, que es un bretón de ojos azules, ha meditado también el Evangelio en el valle inocente del Jordán. Ha ido de la Palestina a Grecia, de un mundo a otro

o o o o o o o
La fe arde
en su mediodía
o o o o o o o



o o o o o o

La fe arde
en su mediodía

o o o o o o

mundo. Y de pronto, ante el Partenón, piensa en la catedral de Reims. Lo que ve en el Partenón es de una simplicidad augusta. Todo está medido y calculado para que el tiempo resbale sin herir. Nuestra Edad Media, dice el viajero, me parece ahora desordenada y recargada. Carlo-Magno es un palafrenero teutón; nuestras catedrales son como bosques delicados; son fantasías que el tiempo abatirá. Pero el bretón de los ojos azules sigue meditando. Y al fin exclama, para consolarse:

Pero la razón y el buen sentido no batan. Hay poesía en el Strimon helado y en la locura de Tracia. El Partenón es puro, es perfecto. Pero una catedral es pura también, aunque se desmorone con los siglos.

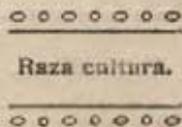
Se ha desmoronado ya. Pero

no ha sido el tiempo el que la desmorona. Los turcos habían bombardeado el templo de Minerva. Ahora, los tudescos han bombardeado la catedral de Reims. ¡No lo creerías si vivieras, oh Roberto de Coucy, medioeval

o o o o o o

La fe arde
en su mediodía

o o o o o o



Raza cultura.

RAZA CULTURA

SE dice que Carpentier fué herido en Charleroi.

Hemos comentado alguna vez el regreso del luchador a París. Guardamos la fotografía que nos sugirió la glosa. El pugil masca su laurel como decían los griegos. Sonríe a la multitud que le adora, sonrío como los vencedores clásicos. Bien podía preceder a su carro como en la epinicia pindárica, un coro de adolescentes tañendo el sistro.

En el retrato, Carpentier, vestido como un gomoso, acaricia sus guantes de seda. No es el pu-



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Raza cultura.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

gil, es el dandy allegadizo. Nuestro Carpentier es el otro, el del *ring*, la estatua viva que tienta a los cinceles, el gimnasta bello como un apolo musageta, que ilustraría el frontón, la metopa, el vaso.

Pero quizá removemos uno de tantos tópicos. Es mejor concretar. Carpentier lleva al pugilato las cualidades genuinas de su raza: la economía, la razón, el orden.

«El francés—ha dicho un alemán—no es un griego, es un grieguito.»

La atenuación no es ática, como se ve. Carpentier es griego y es galo. Combate con moderación, con ligereza. Casi, casi, nos aventuramos a decir que combate con ironía.

A la fuerza opone el método, al ímpetu, la medida, a la tenacidad, la eficacia.

«La raza puede ser cultura», enseñan los nacionalistas. Entonces, Carpentier es civilizador en cierto modo. Hubo una ley de la espada. Habrá una ley del puño. «La espada sancionadora», se dijo; el puño sancionador, se dirá.

Así, pues, no fiemos en las reflexiones del *Eco de Soria* ni en las del *Monitor*, de Jaca, contra el boxeo. Un modo de no temer al boxeo es boxear.

Carpentier ha hecho diez mil atletas en Francia. Diez mil muchachos, que según dijimos de los *espatadantsaris* de *kirolokietá* arrojarán las dudas de sus padres más allá de la raya como los discóbolos sus discos.

Sois la victoria, se les podría decir, renovando un grito de Alcibíades.

Que las balas *dun dun* no rompan el torso viril del luchador.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Raza cultura.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



o o o o o o o
Joffre
estratega.
o o o o o o o

JOFFRE ESTRATEGA

UN estratega sagaz ha conferrido a Joffre este sobrenombre de oro: *cunctator* o sea, el temporizador. El estratega trata al guerrero desde hace medio siglo: los dos son del Rosellón, del confín catalán. Se conocen bien, muy bien. Por algo pues, el uno, disциerne al otro, sin vacilar este dictado augusto.

«Joffre, es, como Quinto Fabio el temporizador», dice el estratega del Pirineo.

Nos acordamos una vez y otra vez de nuestro Quinto Fabio. No



o o o o o o
Joffre
estratega.
o o o o o o

le olvidaremos, así como así. Guardamos desde la infancia un ejemplar de las *Vidas Paralelas*. Es de una edición remota. El texto está en francés: con notas eruditas. Son del viejo Amyot, abad obispo, gran limosnero. Un grabador de Orleans ha burilado para que se estampe en este volumen, una alegoría vaga. No se sabe para qué ha trazado, con verdadero ahinco, un Prometeo triste que se tiene sobre un pie. No se sabe y acaso no se sepa jamás. Pues en este libro que Amyot ha compuesto en una abadía para la Casa Real de Fontaineblau, hemos conocido a Quinto Fabio. Todavía no es más que cónsul. Ha avasallado a los ligures de sangre fina; les ha metido en los Alpes. Mas no se ufana por eso. Quinto Fabio no pierde su cordura. El magistrado atempera su autoridad. Ama la

moderación, el reposo clásico. Pero Roma está turbada con los augurios de los sacerdotes. Pasan por el cielo meteoros bermejos, y en el agro se ven espigas rojas. El cartaginés ha traspuesto con su bosque de picas, la llanura toscana. Ya la vega de Trebio es de Aníbal. Muere el cónsul Haminio. Fabio no se altera. Sonríe templadamente a estas adversidades. Ahora, como siempre confía en el poder de sus dioses. Pero Aníbal ha vencido en el Trasimeno: va sin duda hacia Roma. La turbación aumenta; los agüeros se cumplen. Y nuestro Quinto Fabio es elegido dictador. Acepta con ademán sereno esta investidura. Dispone sacrificios para halagar a los dioses. Exhorta a la población a la calma; no es menester, según parece, batir en seguida al invasor. Fabio se entrega

o o o o o o
Joffre
estratega.
o o o o o o



o o o o o o
Joffre
estratega.
o o o o o o

a meditaciones sosegadas. El dictador, mientras se abstrae en sus pensamientos, se acaricia la verruga del labio con el pulgar. Al fin nombra jefe de la caballería a Minutius. Lleva las legiones y va a combatir. Acampa en lugares altos, y desde allí avizora con su sosiego habitual, a las legiones de Anibal. Aplaza deliberadamente el encuentro. Quiere extenuar a los invasores. Paulatinamente les debilita; simula repliegues, retiradas. Mueve en desorden sus fuerzas, o las lleva de aquí para allí como al azar. Entre tanto atalaya desde las cimas el juego cartaginés. Fabio ve que declina el ímpetu de los africanos. Queda pensativo un instante. Se acaricia la verruga del labio con el pulgar. Y otra vez lleva de aquí para allá a sus combatientes. Pero el dictador es según rumores de

campamento demasiado prudente. Se desea combatir de una vez. Ya los velites de pies ligeros olfatean botín; ya blanden sus jabalinas; ya se alzan sobre los talones.

Los capitanes murmuran en sus tiendas, conspiran contra el superior. Están cansados de eludir el combate. Fabio adivina esta contrariedad. No pierde, por eso, ni por nada, su sosiego profundo. Espía el ir y venir de los africanos: les ve moverse pesadamente, sin vigor. Quinto Fabio *Verrucotur*—este es otro sobrenombre—se muestra reconocido a los dioses. Pero Minutius también quiere combatir. Se yergue, de cuando en cuando, sobre los estribos de su bridón. Mira de través a Fabio o reta con la mirada la lejanía de donde vienen relinchos amortiguados. Un día Minutius aventura un sarcasmo: no es

o o o o o o
Joffre
estratega.
o o o o o o

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Joffre
estratega.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

suyo, es de un lugarteniente. «Fabio acampará por fin en las nubes.» Fabio se entera de esta ironía de centurión. Sonríe con su dulzura de siempre, y lleva otra y otra vez a los combatientes de aquí para allí. También en Roma se difama al dictador. Se le moteja con este apelativo: *Cunctator*. Ahora *cunctator* ¿qué significa en realidad? ¿Vacilante? ¿Temporizador? Dentro de algunos años Sulpicio Apolinar dirá que temporizador. Herodes Atico también. Y estos gramáticos tan sutiles acertarán. Porque ahora Anfbal no sabe dónde está. Quería alejarse de Fabio para avituallar a su gente. Iba hacia la planicie Casinons. Pero las guías le han entendido mal, porque Anfbal apenas habla el latín. Le conducen a Casilinons, a orillas del Volturmo. El cartaginés reúne

a su gente en una hondonada. Y he aquí que Fabio, que no ha acampado aún en las nubes ve llegar su hora. Ordena un ataque rápido, en masa. Cierra el desfíladero; cae sobre los flancos del invasor; y vence. Quinto Fabio conserva su templanza. Pues Quinto Fabio se conducirá de este modo siempre. Todavía Minutius le urdirá pequeñas fabulaciones. Se las urdirá también el Senado. Fabio sigue siendo *cunctator*: hace la guerra de observación. Elude al adversario, lo extenua, le desconcierta. Y ahora, después de muchos siglos, en este ejemplar de las *Vidas Paralelas* se lee que Fabio era el escudo de Roma. *Le bouclier*. Ya se ve que Joffre es de la estirpe del dictador romano. Es sereno como él, es un poco taciturno como él, hace la guerra como él.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Joffre
estratega.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Joffre
estratega.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Dentro de algunos siglos los estudiantes cuando lean las *Vidas Paralelas* de nuestro tiempo, meditarán ante la epopeya de Joffre. *Se le llamó cunctator*, leerán, o sea temporizador. Fué el general más noble de su siglo. Y así como Quinto Fabio era el escudo de Roma, Joffre fué el escudo de Francia.



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
A un doctor
de Marburgo.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

A UN DOCTOR
DE MARBURGO

UN doctor imberbe se que-
lla contra nosotros. Aludi-
mos días atrás a Cammler. Ha-
blamos, someramente, de la Es-
cuela de Marburgo. El doctor
recusa nuestra osadía. Lo que
nos dice, es así: «Un Cassirer, un
Staudinger, un Cohen, son ante
todo, alemanes. Ahora llevan es-
pada al cinto. Son filósofos, pero
son militares. No son como los
franceses, un Boutroux, un Berg-
son, ajenos al poder de las ar-
mas». El doctor, después, nos



o o o o o o

A un doctor
de Marburgo.

o o o o o o

pide textos. Pues bien, seamos complacientes: allá van textos. Emile Boutroux, el maestro de la Sorbona, ha enseñado en Heidelberg, en Ginebra, en Bolonia, en Copenhague. Ha enseñado también en los Estados Unidos. No será menester condensar su doctrina aquí. Nos limitaremos a exhumar unas páginas de este querido maestro. Emile Boutroux, al ser recibido en la Academia, pronunció el elogio del general Langloix.

Ante todo, el autor de *Pascal* sostiene en este discurso que el pensamiento y la acción no son dos fuerzas rivales. No cabe—nos dice—toda la filosofía en el Bárbara y el Baralipon. Las letras, en el país de Francia, admiten la profundidad. Allí el espíritu de fineza convive con el de geometría. Un ensayo, un sermón, una

tragedia, unos versos, vierten luz sobre el destino del hombre. Hay, pues, filosofía difusa en los libros de Molière y en las indagaciones de Claudio Bernard.

Emile Boutroux traza después una biografía luminosa de Langloix.

El doctor debe oír algunos períodos que entresacamos al azar.

«El capitán aprendió una segunda lección de Metz. Y es esta: «No basta confiar en las cualidades, de ímpetu, de intrepidez, de inspiración subitánea, para ir hacia la victoria. No solamente nuestras guerras en Africa, sino también las de Italia y las de Crimea tejidas con episodios, nos desencantaron. Era preciso reemprender la gran guerra, la de la epopeya imperial, adaptada a las condiciones actuales. Había, pues, que prepararse.»

o o o o o o

A un doctor
de Marburgo.

o o o o o o

En seguida, Emile Boutroux, describe el combate moderno. Esta descripción tiene la tersura del mármol. Quedará con el relieve más puro, en las antologías. El pensador da a su prosa contornos perdurables. Ni Cassirer, ni Staudinger, ni Cohen, escribirán una página así.

Emile Boutroux, traza la etopeya de Langloix. Luego generaliza sus juicios, y escribe:

«El oficial francés, aunque conserva el carácter, no cultiva el gesto insolente que aleja al inferior. No se cree tallado en una arcilla más noble. No exige solamente acatamiento pasivo, disciplina exterior. Antes el Rey de Francia abría su palacio a todos.

»Ya sabéis, decía al visitante, que todos tienen fuero de entrada.» El alma francesa no ha cambiado. Un jefe es un padre: es

un hombre sencillo: es un hombre accesible que cuando habla a los subordinados, pone el corazón en esta frase familiar: *Hijos míos*. Ahora bien: no bastan, eso no, las cualidades genuinas. Sin la cultura no se da la flor germinadora. Para formar a un orador, decía Quintiliano, se necesitan tres cosas: la Naturaleza, la doctrina, el trabajo.

«El general Langloix—prosigue Boutroux—acomoda esta teoría de Quintiliano a su arte.

»El jefe es un educador. Enseña a los subordinados la doctrina como manda el reglamento. Enseña los principios en espíritu y en verdad. Y así cada soldado es la doctrina hecha hombre. O sea, un pensamiento vivo que procederá según las circunstancias.»

Un general francés no quiere

o o o o o o
A un doctor
de Marburgo.
o o o o o o

autómatas. Lo que desea ardi-
entemente son hombres. Napoleón
solía decir: *Tengo doscientos mil
hombres de renta.*

Pero oigamos, oigamos este
final de la etopeya.

«No es un militar solamente.
Adora la sociedad, las letras y
las artes. Se ejercita en la acu-
rela y ejecuta esmaltes dignos de
Limoges.

»Sabe hablar y escribir muy
bien. Una frase de Pascal define
su elocuencia. Quedamos sorpren-
didos cuando creyendo encontrar
un autor encontramos un hom-
bre. Se ha celebrado aquí y allí
la claridad de su estilo. Es la
claridad francesa. No es la que
simplifica artificiosamente las co-
sas para que el advenedizo ima-
gine que las comprende. Es la
que a fuerza de precisión, de fine-
za, de orden, de sagacidad para

dar relieve a las ideas rectoras,
permite a un espíritu atento, bien
preparado, abarcar el asunto y
penetrarlo en su integridad y en
su profundidad. Es la claridad
que nos han enseñado los Mon-
taigne, los Descartes, los Pascal,
los Bossuet, los Montesquieu, los
Renan. Lejos de hacer al esfuer-
zo estéril, lo despierta y lo con-
duce. Porque según la frase de
Rafael, *comprender es igualar.*»

Emilio Boutroux nos propone
siempre un sincretismo eficaz en-
tre el pensamiento y acción.

Durante muchos siglos el va-
lor fué el nervio de la guerra.
Luego se creyó que la ciencia,
con sus métodos infalibles, inva-
lidaría el ímpetu individual. Se
supeditaba el soldado al arma-
mento. Se dijo que la victoria
dependería de una integral alge-
braica. Pero no se rompen, así

o o o o o o
A un doctor
de Marburgo.
o o o o o o



o o o o o o o

A un doctor
de Marburgo.

o o o o o o o

como así, las tablas de las categorías humanas. El pasado vuelve. Por eso dice Boutroux:

«Con el general Langloix, el hombre torna a ser el actor principal del drama, aunque se una a la ciencia como a la colaboradora indispensable.»

Pero léase, reléase la conclusión:

«Abramos, al fin, las almas a la influencia que emana de la vida, de la obra, de la persona del general Langloix. Y no vacilaremos. La obra del general es una lección de energía y de generosidad. Y es en el fondo una gran lección de filosofía.»

«Una gran lección de filosofía.»
Que se fije bien el joven doctor.

No nos queda espacio para hablar de Bergson. Se le difama constantemente por ahí. En Alemania se ha dicho que el señor

de Bergson tiene una clientela mundana. Todo porque van algunas señoras a oírle en el Colegio de Francia.

Recientemente ha explicado a sus alumnos la segunda parte de la *Ética de Espinosa*. Sus lecciones han sido herméticas, no ya para las señoras, sino para muchos doctores. En realidad cierto diletantismo bergsonian, nada tiene que ver con Bergson.

Pues bien. Enrique Bergson escribe un día y otro día en el *Boletín de los ejércitos de la República*. Se dirige a los militares. En cierto modo les alecciona, les reanima, les arenga.

«La energía de nuestros soldados—dice en el último número—pende de algo que no se usa, de un ideal de justicia. El tiempo resbala sobre nosotros sin quebrantarnos.»

o o o o o o o

A un doctor
de Marburgo.

o o o o o o o

o o o o o o

A un doctor
de Marburgo.

o o o o o o

A la fuerza que se nutre de su propia brutalidad oponemos la que busca fuera de ella, por encima de ella, un principio de vida y de renovación. Aquella se agota paulatinamente: la nuestra se rehace sin cesar. Vivamos sin temor. Esto matará a aquello.

El doctor que se querella contra nosotros, no se informa bien. Nos pedía textos, le exhumamos algunos. Le exhumaríamos más, muchos más, pero muchos más...



o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o

MAS REPAROS

TENEMOS que reanudar una controversia, porque el doctor de Marburgo nos arguye y nos redarguye de nuevo. «Los profesores franceses, nos dice, combaten aviesamente a los profesores tudescos. Hace siglos combatían del mismo modo a Leibnitz. La manía es inveterada pues.»

Abramos, señor doctor, *Los Elogios* de Fontenelle. El autor de la *Historia de los oráculos* es un francés genuino.



○ ○ ○ ○ ○
—————
Más reparos.
—————
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

El señor Fontenelle fué secretario del duque de Orleans durante la regencia. Percibía mil escudos anuales. «Me maravilla, confesaba el duque, la lucidez de este gentil hombre.» Ya Fontenelle, aunque literato, se placía en la ciencia pura. El señor marqués L'Hopital había compuesto un tratado de infinitesimales.

Nuestro escritor, en un prefacio cortés, divaga perspicuamente sobre la materia. Poco después se aventura en especulaciones más graves sobre la pluralidad de los mundos. Es elegido, apremiantemente, para la academia de ciencias. Muere Duhamel, que ha escrito en latín—en un seco y enteco latín—la historia de la Academia. Entonces Fontenelle, pasa a ser lo que era Duhamel o sea, secretario perpetuo. Y lo será con beatitud, durante 43 años.

Ha resumido cuarenta y tres veces, concisa, muy concisamente, en memorias, la labor benemérita de su instituto. Desde 1689 hasta 1741, en la sesión anual de despedida ha pronunciado el elogio de los camaradas muertos.

Pasan por los *Elogios* que ahora tenemos delante sabios de todas las disciplinas: tal físico que ha ideado una clepsidra para veleros; tal cosmólogo que fletará galeras para corregir meridianos; tal galeno que ha disertado en forma de tesis, sobre las llagas; tal botánico que discernía, meticulosamente, las virtudes y los vicios de las plantas; tal óptico, en fin, que estudiaba la refracción de los colores intermedios. Pues bien: Fontenelle ha elogiado a Leibnitz. Para invalidar los juicios del doctor, compen-

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
—————
Más reparos.
—————
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o

diaremos este elogio memorable. Ante todo, Fontenelle se vale de una imagen plástica para encarecer todas las aptitudes de Leibnitz.

Algunos atletas han ganado el laurel de las olimpiadas por regir los corceles de dos cuadrigas. Leibnitz ha ganado el laurel imperecedero, por regir, con mano de hierro, ocho o diez disciplinas vitales. Leibnitz es poeta. Puede componer hasta trescientos versos latinos sin una sola elisión. Ha compuesto una elegía, en la manera de Lucano, a la muerte del duque Juan Federico de Brunswick. En esta elegía se habla del fósforo. El duque había protegido a Brandt que es el descubridor de este cuerpo. Leibnitz se vale de alegorías graves, para mantener el tono de la antigüedad. Compara el fósforo al rayo de

Prometeo, a la veste de Medea, a la faz algo luminosa de Moisés. Fontenelle exalta el gusto cierto del poeta. Hay que tener en cuenta que el secretario perpetuo de la Academia de ciencias pertenecía también a la Academia de la lengua y a la de inscripciones y bellas letras.

Leibnitz es historiador. Con el nombre de Jorge Vliconvius, traza a los veintidós años, una genealogía de Guillermo de Neubourg, conde palatino. Más tarde, con el nombre de Cesarinus Tustenerius, estudia en unos anales latinos, los protocolos del ceremonial de corte. Los negociadores de la paz de Nimega habían litigado arduosamente sobre ciertas formalidades. Leibnitz quería esclarecer estas dudas. Para esclarecerlas tiene que anotar centenares de libros. La obra

o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o



o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o

es estampada al fin en unas prensas de Holanda.

Los príncipes de Brunswick, en cuanto leen este ensayo ruegan al autor que les escriba la Historia de la Casa. Godofredo Guillermo Leibnitz para escribirla mejor viaja por Alemania. Investiga en archivos, en abadías, en panteones tumulares. Va después a Italia y sigue investigando en las mansiones augustas de los marqueses de Toscana, de Liguria y de Este, que son de la Casa de Brunswick. Al fin publica una historia *llena de dignidad*. Pero ha allegado materiales suntuosos. Se le derrama en cierto modo la erudición elegante. Para canalizar tanta sabiduría compone un Código del derecho de gentes, y después unas notas suplementarias con este título:

Mantissa codicis juris gentium di-

plomatici. Leibnitz rehabilita al siglo diez y al once de los agravios de algunos cronicones vetustos.

o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o

Aun publica otro volumen de historia y traza un plan de etimologías. Se propone remontar la alcurnia de los Brunswick hasta Carlo-Magno. Fijará los linajes que irradian esplendor, de Enrique el Pajarero, de los Tres Otones, de Enrique II. Desenvolverá, en una palabra, «las genealogías más lucentes de la casa güelfa».

Leibnitz es jurisconsulto. «Ha nacido, dice Fontenelle, en el seno de la jurisprudencia». Se ha doctorado a los veintitrés años, en Altorff. Da a la estampa un espécimen enciclopédico de cuestiones jurídicas. Dedicó más tarde al elector de Maguncia Juan Felipe de Scholorn un método para aprender y para enseñar la



o o o o o o
Más reparos.

jurisprudencia. Y al fin lanza un proyecto demasiado audaz con este epígrafe: «Corporis juris reconcinana ratio». Quiere reformar todo el cuerpo del derecho. Ya se vé que es todavía un muchacho.

Leibnitz es alquimista. Busca, rebusca en el fondo de una retorta la piedra filosofal. Quería ser de una sociedad secreta para conocer a otros alquimistas. Arrambla con tratados y más tratados de química. Al fin dirige al director de esta Sociedad una solicitud llena de frases técnicas. La solicitud es lo bastante incongruente para ser acogida con fruición por los iniciados. Pero continuemos.

Leibnitz es físico. Hace dos tratados de física *Theoria motus abstracti* y *Theoria motus concreti*. Admite el vacío. Cree

que la materia es una extensión indiferente al movimiento. Más tarde rectificará tranquilamente. Infundirá eficacia a una entelequia del viejo Aristóteles sobre la fuerza. Medirá esta fuerza según el producto de la masa por las alturas a que puede impeler a un cuerpo pesado: las alturas son como los cuadrados de las velocidades. Constituirá sobre este principio su dinámica. Acaba controvertiendo con el abate Caletán el cartesiano.

Leibnitz es matemático. En 1684 en las Actas de Leipzig da las reglas del cálculo diferencial. No explana, para ser conciso la demostración. Luego los hermanos Bernoville la explanan con la transparencia más sorprendente. Es en 1685. Dos años más tarde, Newton publica un libro de matemática que reposa

o o o o o o
Más reparos.



o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o

en el mismo cálculo. Altera, eso sí, la nomenclatura. Se atreve a llamar fluxiones a lo que Leibnitz llamaba diferencias.

En 1699 Fatio dice que Newton es el inventor del cálculo diferencial. Leibnitz recaba esta primacía para sí. Toda Alemania se pone del lado de Leibnitz, toda Inglaterra del lado de Newton. Fontenelle, aunque sin pronunciarse de un modo ostensible, se inclina hacia el alemán. Leibnitz remata sus disquisiciones con *la ciencia del infinito*. Pero es menester resumir.

Leibnitz es filósofo. Fontenelle le sigue en sus ideas cardinales: la de las mónadas o unidades; la de la armonía preestablecida; en la disputa con Clarke sobre el vacío, el tiempo, lo natural y lo sobrenatural. Le sigue también en sus disputas de una sutil del-

gidez con Wisovatius, un soci-niano que insinuaba perfidias contra la trinidad. Esto vale tanto como declarar que Leibnitz era también un teólogo. Además Fontenelle le elogia «con su frío fervor», como lingüista, como viajero, como cortesano, como amigo. Todas estas personalidades se perpetúan en cierto modo en la *Miscelánea berolinensia*.

No hay pues, doctor, ningún designio avieso contra Leibnitz. Cuando se controvierte de buena fe hay que decir la verdad. Fontenelle es francés, muy francés. Por eso mismo tenía una afición severa a la equidad.

o o o o o o

Más reparos.

o o o o o o



o o o o o o o

Paris
puerto de mar.

o o o o o o o

PARÍS PUERTO DE MAR

SE habla de París, puerto de mar. Se resucita el sueño, ya venerable, de Bouquet de la Grie. Este señor Bouquet era un ingeniero ilustre. Era también, en sus instantes de ocio, un enamorado de la astronomía. En 1882, o acaso en 1883, presentó un proyecto al almirante Jaureguiberry, que era ministro de Marina. Se nombró, muy pronto, una Junta dictaminadora. El señor Bouquet de la Grie se dió, como se decía entonces, en holocausto de su sueño.



o o o o o o

París
puerto de mar.

o o o o o o

Un día, citaba a los señores topógrafos, otro día, a los señores hidrógrafos, les recitaba su plan no sin cierta facundia taraseonen- se. Repartía proyectos, a la acuarela, aquí y allá: en las sociedades sabias, en el Instituto, en el Palacio Borbón.

Argüía y redargüía pomposamente con una mano en el pecho. Los ingenieros, después de oírle, propalaban esta frase avies- sa: «El señor Bouquet de la Gric, es un astrónomo perspicaz. Ahora bien. En el Observatorio no se compartía del todo esta opinión. Allí se decía severamente: «El señor Bouquet de la Gric es un ingeniero preclaro».

Este hombre, al fin se murió, hasta donde podía morirse. No importa: nos ha legado su sueño. En 1910, el Sena anegó París. Entonces dos ingenieros comenta-

ron el plan del señor Bouquet. Se creía que un canal hubiera encauzado las aguas. Pero un canal de esclusas, no deriva, al parecer, la corriente de una inundación.

Examinemos la memoria del señor Bouquet. Se trata primeramente de canalizar el Sena. Este río no tiene aún profundidad en París. No es navegable para los barcos que calen más de tres metros. No recibe más que chalanas, bajeles chatos. Pero París es por su tonelaje, el primer puerto de Francia.

«El señor Bouquet da al río una profundidad de seis metros, Así, pueden surcar el Sena, buques de algún calado. Aun no se verán, eso no, paquebotes de diez mil toneladas en Saint Denis Clichy, ni en los fondeaderos de Poissy, Vernon o Aclers. Pero se verán,

o o o o o o

París
puerto de mar.

o o o o o o



o o o o o o o

París
puerto de mar.

o o o o o o o

eso sí, barcos de cuatro mil. Para que se vean, en seguida nuestro señor de la Grie trae a la ciudad las mejores dragas, los mejores cángiles. Luego, para sumergirnos en un cierto estupor, trae setenta buzos con escafandras dobles.

El señor Bouquet emplaza cuatro esclusas muy grandes entre París y Ruán. Así los buques trasponen un desnivel importante. Se ganan algunas millas a los meandros del río. Se allanan mediante dos cortaduras, sinuosidades para que cruce el ferrocarril: la una entre Bezons y Vertroville; la otra, entre Bezons y Pont de l'Arche. El autor de esta memoria canta al cemento armado: «Es un material maravilloso, dice. Es mejor aun que el asfalto». Gracias pues al cemento, se acometerán las obras con premura. El señor Bouquet palmorea de regocijo.

Pero de pronto se turba, se conturba. El señor de la Grie piensa, con aire mohino, en los intereses creados. Sí, sí, en los intereses del Havre, en los de Ruán, en las tarifas de ciertos ferrocarriles. En... Y cree, por un instante, sólo por un instante, en la inanidad de su sueño.

En 1911, el señor Pueel, ministro de Obras Públicas, confió a otra Junta competente, el examen de este proyecto. La presidía un ingeniero muy docto: Alfred Picard. Antes de emitir dictamen, se ordenó el estudio así. A: Régimen administrativo. B: Régimen fiscal. C: Tarifas. Y es claro: la Junta se disolvió inmediatamente. Se sabe que el señor Bouquet de la Grie, tuvo a la hora de la muerte, un momento de clarividencia. Columbró luminosamente, como si fueran encajes,

o o o o o o o

París
puerto de mar.

o o o o o o o

o o o o o o o
Paris
puerto de mar.
o o o o o o o

los aparejos de las fragatas, de las corbetas, de los navíos vistosos. Vió ondular a las brisas más de cien pabellones. Iba a ver unas mercaderías fabulosas en el dique flotante de Saint Denis. Pero, cerró los ojos para siempre.

El señor Bouquet de la Grié, nos ha legado su sueño. No pudo, mientras vivía, persuadir a sus camaradas. Los ingenieros le sonrefan malignamente. Bouquet se consolaba, enfilando el cielo con su telescopio. Se le deben estudios sobre la nebulosa de Andrómeda, sobre la nebulosa de Orión. Fiaba en sus excursiones celestes. Hasta que los señores astrónomos le dijeron un día:

—Sois, amigo Bouquet, un ingeniero preclaro.



o o o o o o o
Wagnerismo
o o o o o o o

WAGNERISMO

ESTOS días, en un café de Londres han silbado *Lohengrin*. Con tal motivo se habla, aún, de Wagner. Ponemos este *aín* cautamente, con premeditada doblez. Cuando en 1911 se cantó en París la *Tetralogía*, comentamos el wagnerismo. Recordaremos aquí algunas digresiones nuestras.

Había en París dos ciclos, como se dice en Bayreuth. Wagner, se dijo en los diarios, triunfa después de la muerte, porque el genio flota—¡oh tropo de provin-

cias!—, flota, al fin, sobre la multitud, que es como decir sobre las aguas turbias. Porque es la multitud, ahora, la que va erromería a Bayreuth: la que va a buscar ese «enervamiento pío» de que habla Nietzsche, en su *Origen de la tragedia*. Bueno: va como va a un Museo de figuras de cera, como va a ver patinar, o volar. Se emociona—¡oh verbo de provincias!—, se emociona con la escenografía, con los juegos de luces, con la indumentaria antigua.

La orquesta toca allí, en el foso místico, para unos pocos que van a oír más que a ver. Se dice a media voz en la sala, que Bayreuth se ha trasladado a París. En la Opera se ven esas gentes sumarias, que van a París a gastar dinero: se ven rumelios, tagalos, nicaragüenses, que han

contraído en las sastrerías el decoro civil. Se ven hombres y mujeres de piel oscura, de piel amarilla. Se piensa, irremediablemente, en sus abuelos o en sus bisabuelos: en el indio chorotega, en el papúa, en el mongol. Y todos, durante un momento, ponen los ojos en blanco para decir:—¡Oh, qué hermosos!

Todos han oído *El Oro del Rhin*, *Las Walkirias*, *Sigfrido* y *El Crepúsculo de los Dioses*. Han dicho, sí, con la mayor indolencia, que estas óperas son demasiado largas.

Las representaciones empiezan a las seis y media de la tarde. Después del acto primero, los espectadores salen a comer. Respiran, además, ampliamente como libertos. De pronto una fanfarria de cobres interpreta en lo alto de la rotonda el tema del fuego o

de la espada. Anuncia de este modo marcial, que en seguida empieza el segundo acto.

Los espectadores pasan resignadamente—bien lo sabe Dios—, desde el ambigú a la sala.

Y se oye a lo mejor a un rascacuero cualquiera esta frase: *El Oro del Rin* es un prelude de preludios, es el pórtico del templo, ¿sabe?

Hay que oír estas frases viejas. Eso sí, las representaciones son un poco viejas también. Hay aún wagnerismo.

En fin: al teatro de la Opera van gentes de todos los climas, de todos los gustos. Hasta wagnerianos de veras, van a veces. Ya se ve que Wagner tiene, al fin, demasiados adeptos. O sea: el genio flota sobre la muchedumbre. Ahora bien: hay duques, turistas, músicos, que son

también muchedumbre, y muchedumbre espesa por cierto. No importa, después de todo. Las gentes van al teatro: se miran las unas a las otras. Luego, no sin cierta cortesía, dejan que allí, en el foso místico, los violines solloccen elegantemente, mientras el tenor y la tiple evocan el poema en el tablado.

Mas después se resarcan en el ambigú. Cenar con un apetito voraz. Y es allí, en el ambigú, donde el general de Haití y el banquero del Ecuador, dan su alma profunda como el nardo da su olor.

Hay entre la legión oscura hasta cuarenta, hasta cincuenta wagnerianos, y es para esos wagnerianos la acusación de Nietzsche: «Van a buscar un enervamiento pío». Lo que equivale a decir: «Van a derretirse el alma en una fumería de opio».



o o o o o o
Tarifas, fletes,
mercados.
o o o o o o

TARIFAS,
FLETES, MERCADOS

INDUDABLEMENTE, nos escribe un corresponsal, usted conoce las tarifas sobre fletamentos. Relate usted la guerra de las tarifas. Un escritor, bien se puede allanar a esta condescendencia pragmática. Yo, lector de usted, soy comerciante. He vivido en Búfalo, en Cincinnati, en Jersey. Vendo enciclopedias, pero vendo también peines de aluminio. Co-opero, pues, con las fuerzas vivas, en los destinos del país.»

Vamos a complacer, desde luego, a este corresponsal. Nos de-



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Tarifas, fletes,
mercados.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

bemos a todos los que nos leen. Ya, antes de ahora, hemos comentado en una revista naval la guerra de las tarifas.

El señor Ballín, es director de la *Hamburgo Amerika*. Pues en el mes de Enero, el señor Ballín iba a la Bolsa de Hamburgo con la garganta llena de oráculos. El señor Ballín, sonreía ambiguamente. Sin duda, el señor Ballín, como el sagitario, empezaba a tender su augurio, más buído que la flecha celeste.

Una tarde; se aventuró a llamar a un periodista.

—Mire usted, le dijo. En el mes de Marzo, hay en París una conferencia importante. Se reunirán las Compañías de vapores más poderosas del mundo. Pero yo no iré. Difunda usted la noticia a los treinta y dos vientos del cuadrante.

El señor Ballín, no fué. Pero dejemos ahora un instante al señor Ballín.

Hace algunos años, entre las empresas armadoras, se tendía a unificar los tipos de fletes. Las Compañías se entienden con rapidez. De antena a antena de los buques, vuelan en marconigramas las cifras de los mercados

Las Casas navieras de Liverpool, de Rotterdam, de Bremen, de El Havre, de Hamburgo, de Amberes, solían concertar la cuantía del tipo del flete, para las navegaciones por el Atlántico. Poco a poco, estos convenios parciales se convertían en inteligencias, en pactos. Pero es menester concretar.

Estas estipulaciones no regían para los trans: buques vagabundos que conducen mercaderías pesadas: cereales, carbón, maderas. Regían, más bien, para los

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
Tarifas, fletes,
mercados.
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Tarifas, fletes,
mercados.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

barcos de mucho porte, para las manufacturas y las mercaderías de alta evaluación.

Se tendían miradas vigilantes hacia las agencias de emigración. Nuestro corresponsal vendía peines en Búfalo cuando se fundó un Sindicato serio. Aludimos a la *Pool Continental*. Dos Compañías alemanas, la *Hamburgo Amerika* y la *Nordeuscher Lloyd*, de Bremen, ajustaron un arreglo mutuo, y enseguida otros arreglos más con empresas de Rotterdam y de Amberes. Se proponían ante todo llevar emigrantes, muchos cientos de miles de emigrantes. Era en 1892. En el año 1906, el Sindicato *Pool* amplía sus estatutos. Extiende el acuerdo a las mercaderías cargadas en Europa para los puertos de América. Es más: redacta un párrafo adicional para los pasajeros de camarote.

Hay que registrar, aquí, la incorporación de otras dos Compañías al Sindicato: la *Trasatlántica francesa* y la *Amerika Line*. Pero es preciso volver atrás.

En 1894, el Sindicato declara la guerra de tarifas a las Compañías inglesas. Es en cierto modo una guerra de guerrillas. Los beligerantes agotan los ardidés lícitos y los ilícitos. Pelean de frente, de soslayo, por sorpresas.

En 1895, ajustan un armisticio. La *Pool* contrae un deber. Jura abstenerse del tráfico escandinavo, así como del inglés. Las Compañías inglesas, para resarcir a la *Pool* pagan compensaciones pingües.

En 1902, mientras el corresponsal vende enciclopedias en Cincinnati, acaece un suceso para la efeméride: Morgán funda, tranquilamente, el *trust* del Océano.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Tarifas, fletes,
mercados.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



o o o o o o
Tarifas, fletes,
mercados.
o o o o o o

Arriesga un capital de dos mil millones. Todo *trust* vive de expropiaciones, de anexiones legales. El *trust* de Morgán reabsorbe a las Compañías inglesas. Una solamente se salva: la *Cunard*. Tal cual diario, difama con reticencias judías, al fundador. Morgán no se atribula por eso. Se concede un asueto de medio mes. Se va con su trahilla a cazar jabalíes. El *trust*, ajeno a la Prensa, prosigue en su conquista con aire imperial. Concierta como el *des-gaire*, algunos convenios con líneas alemanas. El *trust* urde fríamente sus planes financieros. Recibe, por periodos anuales, un cuarto del dividendo global de la *Hamburgo* y del *Lloyd*. Les dá a cambio el interés al 6 por 100 de su capital de acciones.

La *Cunard*, no capitula aún. Inglaterra le sostiene. La canci-

llería del fisco, los Bancos, la propiedad privada, le ayudan pecuniariamente. La Prensa, a su vez, le canta en el tonò mayor y en el tono menor. Así, pues, la *Cunard* declara al fin la guerra al *trust*. Las Compañías se baten con denuedo y se baten también con gentileza. Hay gestos a lo Bayardo o a lo Farnesio. Los combatientes arrumban por un instante los talonarios. Siguen, no sin cierta gentilhombría, la ley de la espada. Más que la guerra de tarifas, esta es la guerra de las rosas. Mas al poco tiempo, declina este romanticismo. El torneo se trueca en riña.

Tercia la diplomacia. La *Hamburgo* interpone sus buenos oficios.

En Febrero de 1908, se reúne allí en Colonia, la Conferencia de la Paz.

o o o o o o
Tarifas, fletes,
mercados.
o o o o o o



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Tarifas, fletes,
mercados.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

El *trust*: la *Cunard*, el *Sindicato Pool* y otros Sindicatos, conciertan el gran convenio. Pero pasan los años presurosamente. En Enero de 1914, se convoca a estas Compañías a la Conferencia de París. Y es entonces cuando el señor Ballín va a la Bolsa de Hamburgo con la garganta llena de oráculos. Es entonces cuando le dice al periodista: *No irá*. Pero dice más. A un banquero que le interpela, le replica de pronto: *Esa conferencia se truncará por el eje*. Esta frase circula por las Agencias, por las Bolsas, por los astilleros. Inspira editoriales, caricaturas, cuplés. Al fin, la Conferencia se reúne. Y, en efecto, se trunca por el eje, porque las empresas rompen sus pactos. Comprendemos ya por qué, el señor Ballín, como el Sagitario, empezaba a tender su augurio

más buído que la flecha celeste.

Estalla nuevamente la guerra de tarifas. Los beligerantes anuncian la contienda con pujanza cínica. Los *Imperator*, los *Deutschland*, los *Lusitania*, van a disputarse la supremacía del mar. «Entre tanto, escribe un economista, el señor Martín, de Saint Lyon, hay que registrar un hecho. Si los marinos de estas empresas celebran una asamblea en París, se entenderían fraternalmente. Las peticiones que formularan, serían iguales, o casi iguales.» Cuando el señor Martín, de Saint Lyon, escribe estas palabras, no ha estallado aún la guerra europea. Ahora, los marinos no se entenderían, sin duda: no deben entenderse tampoco. Esta guerra de hombres, ha matado la guerra de las tarifas. Lo comprobamos,

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Tarifas, fletes,
mercados.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Tarifas, fletes,
mercados.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

señor corresponsal, transidos de turbación. Seis millones de soldados luchan por categorías ideales.

Así, pues, señor comunicante, no es lícito extremar esta condescendencia pragmática.



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Joubert-Azorín

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

JOUBERT - AZORÍN

ESTOS días, para disculpar a Azorín, este hombre admirable, se ha citado una frase de Joubert. Lo que había que perdonar a Azorín son sus predilecciones por Francia, Los cronistas de la guerra se baten como banderizos: o son irreductiblemente rojos o son irreductiblemente azules. Azorín evita con delicadeza esta parcialidad terminante. Paga con gratitud un tributo a Francia, sin agraviar por eso a los germanos. Pues bien, este proceder, tan noble, le enajena algunas adhesio-



o o o o o o
Joubert-Azorín
o o o o o o

nes. ¿Pero por qué se cita a Joubert? Digamos, ante todo, unas cuantas palabras sobre este maestro francés. Joubert, a quien queremos desde niños, ha llegado de Montignac a París. Es en 1780 o en 1781. Joubert trae de su rincón manías doctrinarias; pero en París frecuenta a los enciclopedistas.

En la biblioteca de Marmontel conoce a Diderot, conoce a La Harpe. Todos sorben rapé y abren y cierran meticulosamente sus tabaqueras de laca. De lo que departen es, acaso, de Física. Allá, un poco lejos, a treinta y cinco días de diligencia, Galvani opera con un aparato misterioso y hace danzar a las ranas. Se murmura que hace saltar la chispa. Este Galvani, tiene perplejos a los contertulios de casa de Marmontel.

Después los enciclopedistas hablan, y es claro que mal, de María Josefa de Sajonia, del estado del fisco, de las dilapidaciones de Turgot.

Joubert vuelve a su casa. Indudablemente se ríe, aunque con cortesía, de los amigos de Marmontel. Conoce a Francisco Renato de Chateaubriand. Se le escribe desde Londres para que envíe ensayos al *Amigo de los Niños*, una revista patrocinada por este vizconde singular. Pero Joubert se cansa y se va a una villa remota: a Villanueva del Rey. Allí le ocurre un episodio infausto: se enamora. Pero al poco tiempo sobreviene un episodio risueño: se le nombra juez de paz en Perigord. Pasa a Montignac, y acatando un decreto de la Asamblea—ahora es 1790—jura ser fiel a la nación. Pasa a Villeneuve sur

o o o o o o
Joubert-Azorín
o o o o o o



o o o o o o
Joubert-Azorin
o o o o o o

Sóme y se instala allí dulcemente para treinta y dos años. Se aclimata a la naturaleza borgoñana. Lee en su granja sabina, lee, relee más bien con lentitud. De cuando en cuando por la ventana abierta mira el paisaje familiar. Sus ojos se reposan en las colinas rosadas que ondulan con mollicie.

El juez de paz da largos paseos a pie. Conversa amablemente con todos—este es su mayor placer—conversar. Luego, en su retiro, a la luz de las candelas, va escribiendo con pulcritud sus observaciones.

Según sospechamos nuestro juez se ha unido en matrimonio a una mujer virtuosa. Alguna vez va Joubert a París con una casaca provincial. Ha visto la revolución; ha asistido al proceso de Luis XVI. Pues en sus cartas de 1793 sigue

hablando de sus lecturas, de sus amistades, de su salud. ¡Oh estas cartas! ¿Y las que siguen?

Hemos subrayado en la *Correspondencia* del Juez algunas curiosidades. Joubert da una opinión indolente, sobre Bonaparte. Luego envidia, casi de veras, la erudición de un tal Dubois. En seguida comenta la aridez del señor Condillac.

El juez de paz se traslada a París, a una vivienda del siglo XVII, en la calle de San Honorato. Tiene una galería llena de libros. Reúne a una sociedad selecta, a Chateaubriand, a la señora de Chateaubriand, a Fontannes, a Chenedolle. Vestido con un espencer de seda pule los libros con un guante encerado. Habla de los hombres, de las ideas, de las cosas. Entre tanto la señora Joubert, cuida la salud preciosa del erudito. Joubert,

o o o o o o
Joubert-Azorin
o o o o o o



o o o o o o o

Joubert-Azorín

o o o o o o o

que es septuagenario, ha llegado a ser consejero de la Universidad Imperial. Mas es consejero con la indiferencia con que fué espectador del regicidio de Luis XVI. Han pasado algunos años más y nuestro espectador se ha muerto. Sí: se ha muerto con la mayor conformidad.

Si ahora abrimos al azar sus libros conoceremos mejor aun a Joubert. El pensador nos lega unos pensamientos armoniosos. Uno de estos pensamientos dice así:

«Guardemos nuestras verdades delicadas.» Esto mismo le dice el escritor a Azorín. No cita a Joubert; quizá no conozca su nombre. Pero lo que el juez de paz nos decía exactamente es así.

«Guardemos nuestras verdades delicadas para los grandes días.» Azorín ha guardado las suyas

para estos días heroicos, para estos «grandes días»...

o o o o o o o

Joubert-Azorín

o o o o o o o

Si abrimos al azar los libros de Joubert veremos que están lo mismo que los de Azorín, llenos de moderación, de ironía serena, de conformidad.



o o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o o

LA CEREMONIA INGLESA

SE comenta prematuramente la parsimonia de los militares ingleses. *Tardan, dice un diario, en vencer.* Luego, este diario, adicto a don Jaime, ensaya la ironía en el protocolo real. *Esa ceremonia, añade, esa ceremonia...* Y no añade más. Al igual de la diplomacia, no formula juicios. Los sugiere más bien entre perfidias vaporosas. Y ya se ve en el tono de sus palabras que se complace en estas reservas. Sí. La diplomacia y este diario son así.

Una vez, escribimos un elogio de la ceremonia inglesa, de «esa



o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o

ceremonia». Dedicamos este elogio a un humorista profesional.

Pues no se nos tuvo en cuenta esta circunstancia. Se nos amonestó adustamente, casi, casi, con acritud.

Jorge V, había recibido en audiencia al duque de Norfolk, que es el conde mariscal inglés. Quería darle el parabién por su fidelidad a los usos protocolarios de la corte. Había, pues, coyuntura para comentar con afecto estos usos tradicionales.

Así como así, es el duque de Norfolk, décimoquinto de su nombre, el primero y más alto de los pares. Dirige, por privilegio de cuna, los ceremoniales del Rey. Así, pues, se encaminó al Palacio de Buckingham, con los tres reyes de armas, los seis heraldos, los escoltas. O sea, con todo el consejo heráldico, en

la rigidez dorada del pergamino, como decía Dante Gabriel Rosseti.

Todos en el cortejo tenían nombres de resonancias feudales: los reyes: Jarretiera, Clarenceaux y Morroy; los heraldos, Lancaster, Richmond, Windsor, York, Somerset y Chester; los escoltas, Rosa Cruz, Manto Azul, Dragón Bermejo y Portcullis.

Había que encorvarse ante estas apariciones que han desenvuelto su pompa en los natalicios, en los sponsales, en las exequias de cincuenta reyes. ¿Apariciones? Acaso no. Todos los días un rey de armas, un heraldo, un escolta, hojean en las oficinas del Queen Victoria Street, unos folios recios, o escriben meticulosamente con tinta azul.

Y luego, en la vida privada, Jarretiera es un gentilhombre de

o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o



o o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o o

67 años. Se llama sencillamente sir Alfred Scott Gatty. No importa que sea comendador de San Juan de Jerusalén. Es un hombre sencillo, que va a su club, que viene de su club, que va de nuevo a su club.

Clarenceaux, es William Weldon. Era archivero, es archivero. Tiene rentas exiguas. Vive sin palacio y sin trenes. Clarenceaux, es un guarismo más en el censo.

¿Y Morroy? Morroy, que se llama Buke, es abogado; es otro abogado...

Ya se ve que los reyes de armas deponen su realeza para vivir. Saben, eso sí, su genealogía, su paleografía, su epigrafía. Saben las artes cetreras y las artes cisorias. Dominan otras sucedáneas, dominan otras afines. Pero se avienen a vivir en la vida co-

tidiana, como los reyes en el destierro.

Allá en Escocia, el rey de armas se llama Lyon; los heraldos, Ross, Rottesoy y Alhan, y los escoltas, ¡oh los escoltas!, Marte, Unicornio y Carrik.

Allá en Irlanda, el rey se llama el Ulster, los heraldos, Dublín y Cork; el escolta, no hay más que uno, Athlona.

Había que saludar a estas ruinas nobiliarias. Todas las ruinas, son, después de todo, interesantes.

De otras investiduras, no nos quedan más que las dietas.

Sir Abel Murray, es guardián de los cisnes del Rey. Gana unos 12.500 francos anuales. Tiene, como es natural, un departamento en el Palacio de Hampton Court.

Esta investidura fué estatuida en el reinado de Ricardo III. Re-

o o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o o



o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o

monta, pues, al siglo XIV. No es fácil, desde luego, remontarse así.

La corona, según los viejos cartularios, tenía cisnes en las orillas del Támesis. No los tiene ya. Pero conserva delicadamente al cisnero.

Guarda también, con su dieta, al gran cazador, que es maestre del Hyde Park. Desde 1832 hasta 1904, el alcalde mariscal, duque de Cambridge, nieto del Rey Jorge III, era el gran cazador.

Y ahora, asume esta jerarquía un príncipe de Connaught, que es consejero de la Corona.

Saludemos también con una flexión pausada, al cisnero, al halconero, al lobero; saludemos severamente al gran cazador.

Un perito mercantil nos argüirá que el Tesoro bien se puede retraer de estas superfluidades augustas. Que nos perdonen estos excelentes contables. Pero entre la

partida doble y la etiqueta, tenemos que optar, irremediablemente, por la etiqueta.

Así, pues, que los cortejos desplieguen su fausto legendario. Sí, sí.

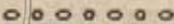
Lleve el duque de Roxburgo el estandarte de Eduardo el confesor, el duque de Argi, el cetro; el conde de London, la espuela derecha; lord Grey de Rothir, la espuela izquierda.

Blandan, el vizconde de Rit-chener de Klartovn, la espada de la justicia temporal; el conde Roberts, la espada de la justicia espiritual; el duque de Beauford, la espada de la misericordia; el conde Beauchamp, la espada de las batallas. Pasen parsimoniosamente con los mantos de armiño redondos de aire, Rosa Cruz, Manto Azul, Dragón, Bermejo y Portcullis.

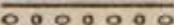
o o o o o o

La ceremonia
inglesa.

o o o o o o

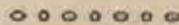


La ceremonia
inglesa.

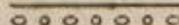


Que el diario adicto a don Jaime, ensaye, si quiere, su ironía. Nosotros, pedimos a la realeza que dé todo su esplendor...

Hay que echar, hay que echar, de tarde en tarde, mantos redondos de aire a las chaquetas de la democracia.



La Babel
armada.



LA BABEL ARMADA

UN diario de Colonia da la noticia: «Pablo Holzhausen, va a las líneas de fuego». Conocemos, a través de su obra, al historiador alemán. Ha narrado cien veces la epopeya de Francia. La ha narrado sin contener su admiración por este país. Recordaremos aquí una de sus monografías. Se llama *Los alemanes en Rusia con el gran ejército*. Doscientos mil alemanes fueron con Napoleón más allá del Niemen. Iban los prusianos de York. Iban wurtemburgueses, mecklemburgueses, westfalianos. Iban hijos de Sajonia, de



o o o o o o o
La Babel
armada.
o o o o o o o

Baden, de Hesse. Los que regresaron no llegaban a cien mil. Holzhausen ha exaltado en su prosa, de andadura solemne, a las multitudes de Napoleón. Multitudes sí. Marchaban pomposamente en busca de cicatrices, de cruces, de botín, el francés, el ilirio, el croata, el polaco, el portugués, el suizo, el alemán. Marchaban, ceremoniosamente, en busca de la violencia del azar, de la gloria. En aquella Babel de lenguas que rodaba hacia el Norte, todos eran hermanos en armas.

Algo de lo que Holzhausen dice, bien se puede condensar así:

«Había bajo las hordas el cimiento de un ideal. Se fraguaban, quizá, en el camino, confabulaciones sordas contra Bonaparte. Pero al franquear el Niemen los aventureros, eran solamente los hijos de Napoleón.

Ya en Kouno, tenían la insolencia, como una espada en el cinto. Olfateaban petulantemente el botín, y con el botín la gloria. Se complacían como bisoños en el aparato militar: clarines, claros clarines, penachos, laureles. Y al fin, se fueron hacia la muerte, como hacia una fiesta.

Holzhausen recuerda a sus compatriotas. La suerte no les fué propicia. Los westfalianos, seguían a Junot, que era seguir a la demencia. Los bávaros, vieron arder, expiatoriamente, sus pechos entre las hogueras de Polosk. Los sajones se dieron en holocausto en la jornada de Borodino. Los suevos, cayeron en los muros de Smolensko. ¡No importa! Holzhausen paga un tributo a Napoleón.

Los alemanes querían combatir al lado de Bonaparte. Combatieron heroicamente. ¡Y eso fué todol

o o o o o o o
La Babel
armada.
o o o o o o o



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
**La Babel
armada.**
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Doscientos mil alemanes le siguieron a Rusia. Los que regresaron no llegaban a cien mil.

Luis de Baviera, erigió a los héroes un mausoleo. Luego Holzhausen les ha erigido una historia que perdurará también, porque tiene el contorno puro del bronce.

Un francés, al comentar esta historia, escribía:

«Es milagroso. Un historiador, que es también un poeta, evoca las crueldades del sacrificio, sin el reproche más leve para el sacrificador.»

Alcemos, pues, sobre los comentarios alemanes de ahora, este libro ejemplar. Consideremos desapasionadamente su belleza, su exactitud, su equidad.

A este Pablo Holzhausen no le ha tentado aún el demonio del mediodía. Que no le tente jamás.

Y, ahora, que va a las líneas de fuego, que le respeten las balas francesas. Así tendremos, muy pronto, una historia imparcial de la campaña.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
**La Babel
armada.**
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



o o o o o o
Derecho
Internacional.
o o o o o o

DERECHO INTERNACIONAL

DON Segundo de Izpizua ha comentando en el Ateneo las reelecciones teológicas del Padre Vitoria. El señor Izpizua ha mirado la guerra con los ojos de este fraile sagaz. Ha expuesto, sin aridez, las teorías de uno de los tratados del dominico: el *De jure, belli*.

Estas reelecciones son clásicas, o mejor aún, preclásicas. Ahora mismo esclareceremos esta atenuación. Los mejores tratados políticos nos vienen de Italia. Razonemos, pues, un instante, con meditadores italianos.



o o o o o o o

Derecho
internacional.

o o o o o o o

Ya, antes de ahora, hemos trazado un poco burlescamente la etopeya de estos meditadores. Elijamos cuatro al azar. He aquí *De Monarchia* del Dante. En estas páginas viejas el Alighieri ordena sus silogismos en pro del Imperio Universal. Mas el Imperio no es un tema de astrología, no es un zodíaco inmóvil. Benvenuto de Mola, luego de glosar estas entelequias más sutiles que el aire, dice que los hombres no están rellenos de lógica. Eso es, según parece, verdad. Y aunque saben que no son entes dialécticos no se consternan demasiado. Mas como nada se pierde no se perderán tampoco los siete mil silogismos del Dante. Quedan en *De Monarchia*, como dentro de un arca, de un arca cerrada.

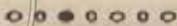
Marsilio de Padúa especula también con apriorismos en *Defensor*

Pacis. Alza igual que el Dante sus ojos hacia el Imperio como quien mira al zodíaco. Pero aventura deseos nuevos. El gibelino de Padúa pone una cuchilla ruda en la mano del príncipe. Le confiere autoridad, toda la autoridad. Hace un príncipe mandón, que mira oblicuamente desde su silla de oro: que revoca las actas de los concilios, que revoca las actas de los cónclaves. Y luego traza una cruz en el viento con su cuchilla. Pues Ficino es un arbitrista ardoroso. No urde, eso no, sus estratagemas ni en Ferio ni en Baralipon. Parafrasea a los griegos, y, es claro, escribe con sencillez. Pide un tirano: la tiranía para este sabio es un régimen estatuido por Dios. Con todo, si un tirano le parece bien, dos le parecen mal. Ficino, lo revelamos hace tiempo, además de historiador era

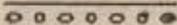
o o o o o o o

Derecho
internacional.

o o o o o o o



**Derecho
Internacional.**



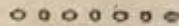
herbolario. O lo que es igual, era inocente.

Savonarola se insinúa más. Savonarola es un hombre. En su *Régimen y Gobierno en la ciudad de Florencia*, opone reparos a la tiranía. Los tiranos de la Toscana, además de tiranos son inteligentes y la inteligencia es el mal. Hay, pues, piensa Savonarola, que allanar ciertas jerarquías, hay que inmolar ciertos fueros al bien común. Hay, en fin, que avenirse a una vida republicana, a una vida modesta. Savonarola es un hombre, sí, pero es un demócrata.

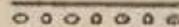
Los tratadistas preclásicos son así. La guerra suele ser para estos meditadores un tema abstracto. Se han batido, como el Dante, tal vez. Pero cuando piensan, pierden el brío militar. Se entregan con una fruición terrible a sus silogismos triangulares.

Los tratados políticos de los humanistas nos dan fragmentos para las antologías. Se leen con algún encanto los *Especiosos de principes*, los *Proverbiadores de cortesanos*, las *Empresas y Artes de gobernar*. Son a veces una lección de estilo, del mejor estilo. Pero de mil quinientos a mil quinientos veinte, es cuando nace el verdadero tratado político.

Son las notas, un poco secas, de los validos de corte, de los embajadores, de los cancilleres. Son despachos someros, son cartas vibrantes de realidad. Se han escrito en las antecámaras de los tronos, en las tiendas de los campamentos o en la silla de postas, a través de las ciudades y los campos. Francisco de Vitoria ha escrito sus reelecciones en una celda. Se parece más a los tratadistas preclásicos que a los clá-



**Derecho
Internacional.**





o o o o o o

**Derecho
internacional.**

o o o o o o

sicos. He aquí una cláusula de la conferencia que nos dará la razón: «Afirma Vitoria que al cristiano le es lícito formar parte de la milicia y hacer la guerra. Trae para aprobar esta proposición ocho razones. Las tres primeras son teológicas, sacadas de la Escritura y de la Tradición de la Iglesia. La cuarta asevera en cuanto a la guerra defensiva que es lícito rechazar la fuerza con la fuerza. En quinto lugar deduce que supuesto el derecho a la licitud de rechazar la fuerza con la fuerza es lícito atacar y llevar la guerra ofensiva al país enemigo.

Sexta razón: El fin de la guerra es la paz. Y no se obtendría esta paz si el invasor no fuese rechazado, y no se llevaran a su país las hostilidades.

Séptima: En la guerra se busca

el bien y la paz universal, la que no habría ni se conseguiría, si no fuesen castigados los países que no obedecen ni cumplen el Derecho Natural Internacional.

Octava: Es lícita la guerra por la práctica y el ejemplo de los siglos pasados.»

En otras cláusulas vemos que para probar otra proposición ordena en línea de combate medio millar de silogismos latinos.

No discutamos la doctrina de este fraile sagaz que enseñó Derecho en Salamanca. Mas no miremos la guerra con sus ojos. Esta guerra no cabe ni en las categorías viejas ni en las categorías nuevas. Creará más bien otras categorías que no se presienten aún. No compartimos, entre tanto, la amargura que el disertante ha disuelto en sus lucubraciones. No asistimos ¡oh, no! al

o o o o o o

**Derecho
internacional.**

o o o o o o

fracaso del Derecho Internacional. No le es lícito a un pensador como el señor Izpizua consternarse prematuramente. Hay ahora en las cancillerías un prurito violento de cohonestar la ruptura de hostilidades.

Han salido estos días a correr el mundo centenares de millares de folletos. Están escritos en francés, en ruso, en japonés, en polaco, en sueco: están escritos en cincuenta lenguas. Son justificaciones, querrellosas de unos y otros beligerantes. Hablan prolijamente de cuestiones retrospectivas. Ya se sabe: Marruecos, el ferrocarril de Oriente, los Balkanes... Y han salido con los folletos, y también en ruso, en japonés, en polaco, en sueco, los libros de la diplomacia: el azul, el verde, el amarillo, el gris... Pues tanto papel impreso ¿qué es sino Derecho Internacional?



EL ULISES DE CRETA

VENIZELOS, el Ulises de Creta, no se va. Se susurra en las cancillerías, que es joven aún para el ostracismo. Lo será, sin duda, porque las cancillerías no se entregan, gratuitamente, a murmuraciones tan halagüeñas. Estamos viendo la efigie del estadista. Tiene las barbas plateadas, las sienes más plateadas aún. Pero los ojos le chispean, vivaces, detrás de los espejuelos.

El poeta Hadzopoulos es el que ha llamado a Venizelos el Ulises de Creta. No acertamos, ni acertaremos, a discernir por qué.



o o o o o o o
El Ulises
de Creta.
o o o o o o o

El ministro no ha desbaratado aún, como el hijo de Laertes, la conjuración de los dioses. No podemos decir, traslaticiamente, que el poder es una odisea. No hay que dar un destino así a los tropos homéricos.

El gobernador cretense no ha luchado con la caja de los ciclones, ni con Circe, ni con el polifémo.

Hadzopoulos, el autor de *La Barca*, que es un hombre sagaz, no aludía a estas aventuras.

¿Venizelos ha heredado la cordura que Palhas imbuyó en Ulises? El poeta cree, sin duda, que sí.

Pues el Ulises de Creta ha confiado a un periodista sus inquietudes. Y este periodista, que es del *Corriere della Sera*, ha escrito con la confesiones de Venizelos, una página para la an-

tología. Oigamos un instante al primer ministro de Grecia.

«Soy de la isla de Creta. Soy griego. Tengo, pues, la sangre más preclara del mundo. Me doctoré, siendo un adolescente, en la Universidad de Atenas. Preparé, para doctorarme, un ensayo sobre Platón. He aprendido a pensar en los diálogos de este maestro admirable. He sido alternativamente Fedro, Lisias, Teetetes, Gorgias y Fedón. Conozco el griego, el latín, el árabe, el francés y el alemán. Amo por igual las letras, las artes políticas y la diplomacia. Tiendo, por mi estirpe griega, a la claridad. Quiero que mi obra sea de contornos puros. Pongo la misma nitidez en mis discursos y en mi comportamiento moral.»

Venizelos se confiesa, hasta ahora, en periodos de mármol.

o o o o o o o
El Ulises
de Creta.
o o o o o o o



o o o o o o o

El Ulises
de Creta.

o o o o o o o

Ya se ve que el periodista le retoca noblemente al estilo.

Pero le retoque o no, hay miel, de abejas áticas, en las barbas del ministro.

Sigamos oyendo a Venizelos.

«He trabajado—dice—por la libertad y la felicidad de Creta. Después he sido, según la frase del Rey, el escultor de la joven Grecia. Yo hice la alianza de los Balkanes y la guerra contra Turquía.

«Odio a Turquía, que es el Oriente, con su pompa y su languidez. Derrotamos, como es natural, a esas gentes reblandecidas en la indolencia. Pero Grecia es Grecia, y los Balkanes son también Oriente. Bulgaria fué, después, desleal. Pretendió ensanchar su hegemonía hasta el Adriático. Me resistí a denunciar a Bulgaria. Yo tenía fe en la victoria del de-

recho. Al fin, los búlgaros acometieron a las líneas greco-servias. Había que repeler esta agresión desleal. La repelimos con prontitud para salvar, entre otras virtudes, la justicia. Europa se complacía en la suerte de nuestras armas. Vivimos, como en los días de Maratón, bajo la tutela de los dioses guerreros.»

El periodista ha retocado, ya sin pudor, las cláusulas finales.

Venizelos, aunque haya sido alternativamente Fedro, Lisias, Teetetes, Gorgias y Fedón, no hablará, seguramente, así.

El periodista interpreta, con el prejuicio helénico, las palabras del gobernante. Hace bien, o, si se quiere, muy bien. Nuestros informadores suelen ser más llanos. Escriben irremediabilmente, sin prejuicios. Pero hay que oír a Venizelos, el Ulises de Creta:

o o o o o o o

El Ulises
de Creta.

o o o o o o o



◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊
El Ulises
de Creta.

◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊

«El don de los dones—asegura—es el don de la oportunidad. Nosotros, los griegos, somos oportunos. Ya Luciano, el de Samosata, lo decía en la decadencia de los Antoninos. Toda mi diplomacia no es, después de todo, más que oportunidad. La joven Grecia va, de victoria en victoria, hasta el poderío. Acaso sea, nuevamente, el centro del mundo. Tenemos delante, como en las canciones gnómicas de Hesiodo, los trabajos y los días. Hay que rehacer el Epiro y la Macedonia; hay que rehacer las tierras que hemos ganado al enemigo.

»No importa. Los griegos somos conquistadores y colonizadores. Ya se están desecando las marismas insalubres de Yenitze. Los ríos que se desbordaban (el Vardar, el Strymon), han vuelto a

sus cauces para siempre. Ya ve usted, el Strymon, que en la mitología anega la ciudad de Amfipolis.

»Va habiendo en los páramos canales de regadío, ferrocarriles, granjas. Ya muy pronto uniremos Larissa a Salónica, por Plati. El año que viene, los periodistas de París vendrán directamente a interrogarme a Atenas. No será menester que cambien siquiera de coche. (Es una deferencia más. Pero un diálogo en la manera socrática con Venizelos, bien vale un transbordo.) Uniremos también Kalambaka a Janina, y quizá Cavala a Drama. En las líneas Sur y Norte, ataremos—así decían los antiguos—Grecia a Europa. En las líneas Este y Oeste, vamos a comunicar el Egeo con el Adriático. Consolidaremos, por otra parte, el dominio del mar. ¡Oh, el

◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊
El Ulises
de Creta.



◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊
El Ulises
de Creta.

◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊

dominio del mar! Pero ha estallado, de pronto, la guerra europea. Nosotros, los griegos, amamos el heroísmo, que es una de las categorías de la raza.»

Al llegar aquí, Venizelos le ha recitado al periodista unas palabras en griego. Son las que el enviado de Salamina pronuncia en *Los Persas*, de Esquilo. El periodista transcribe estas palabras en escritura griega. Deploramos que el editor no tenga una caja de caracteres helénicos para acoger, con algún decoro, la cita del gobernante:

«Se nos ha pedido—ha continuado Venizelos—que ayudemos a Servia. Yo quería dar a los aliados cincuenta mil combatientes aguerridos, que es como darles cien mil.

»El Consejo de la Corona me opone reparos. Yo creo que los

conoce usted. Me dice que las fronteras quedarían a merced de los búlgaros y de los turcos. Yo exigía como compensación el vilayato de Smirna. El Consejo de la Corona me arguye que Smirna es indefensible contra las represalias de los turcos. He replicado que Grecia no se aventura sola en el Asia Menor. Va con Italia y con Rusia. Pero el Consejo de la Corona desoye mi voz persuasiva. Ya ve usted; El Estado Mayor me confesaba que Grecia puede vencer a turcos y a búlgaros revueltos. Ya ve usted; se me desoye, se me invita, quizá, al ostracismo. Pero yo estoy lleno de fe. Tenemos un ejército y una flota. Hoy por hoy, serían invencibles. Nosotros, los griegos, somos los creadores de la epopeya. Y la epopeya actual...»

◊ ◊ ◊ ◊ ◊ ◊
El Ulises
de Creta.

El Ulises
de Creta.

Dejemos estas digresiones, que siguen en el *Corriere della Sera*.

Los cincuenta mil combatientes son, sin duda, tan aguerridos, que parecen cien mil. Son dignos, sin duda, de la epopeya.

Pero ya hace tiempo que Grecia ha vencido al resto del mundo. Hay otra Grecia: la de Venizelos. ¿Esa vencerá también? Esperemos; esperemos el porvenir. Ya ha escrito un antepasado de Venizelos, el Ulises de Creta, que el porvenir es un niño que duerme en las rodillas de los dioses.



Ayarragaray,
el bearnés.

AYARRAGARAY,
EL BEARNÉS

Don Fortún de Ayarragaray, el bearnés, nos envía de tarde en tarde sus cartularios. Conocimos a don Fortún de Ayarragaray en 1910. Traía un aire silvestre y una tranca de nudos. Traía unos papeles recios sobre los condes de Foix. Don Fortún se obstinaba en unos silencios inviolables. Nos oía abstraído, distraído más bien. De cuando en cuando sacaba, parsimoniosamente, un cuchillo, para grabar en el palo guerreros medioevales. Don Fortún aludía, con una voz muy tenue, a



o o o o o o o

Ayarragaray,
el bearnés.

o o o o o o o

sus iconos. «Este es Raimundo, el de Tolosa. Tenía un hachazo en la frente. Este es un conde del Rosellón. Tenía otro hachazo en la frente.»

Luego, el bearnés se hundía en sus silencios.

La permanencia de Ayarragaray entre nosotros fué breve. El viajero se fué a Aragón con su tranca de nudos. Un día recibimos un cartulario de fundaciones. Don Fortún de Ayarragaray trazaba las genealogías de algunos señores del Pirineo: leímos y releímos los folios de nuestro camarada. Comprendimos su porte remoto. Don Fortún de Ayarragaray había estatuido sus vínculos patrimoniales en otras centurias. Luego, leímos y releímos también más cartularios, con los anales de los Pirineos, del bearnés. Y he aquí que ahora estamos leyendo

las narraciones finales de nuestro amigo.

Don Fortún de Ayarragaray, se ha batido en esta guerra. Ha estado un mes, o dos meses, en un hospital de sangre. Pues continúa apasionadamente sus historias legendarias. Está fincado aún en el siglo XIII. Fiel a su sensibilidad, convive con los cruzados de su tierra. Porque aquí, en los folios finales, se habla de los señores del Pirineo que han ido a rescatar el Santo Sepulcro. *El Dios lo quiere*, del concilio de Clermont ha resonado en los Pirineos. El historiador ve cómo Raimundo de Saint Gilles—el conde de Tolosa—aprieta contra el pecho las barbas de lino. Ve cómo el rencor contra la media luna, le acicala el acero. Ve cómo cabalga aún el bridón de crines encendidas. Ve, por fin, cómo el aquitano se

o o o o o o o

Ayarragaray,
el bearnés.

o o o o o o o



o o o o o o o
Ayarragaray,
el bearnés.
o o o o o o o

ablanda dentro de la armadura cuando le sonríe doña Elvira. Antes de partir para la cruzada, Raimundo de Saint Gilles litiga con Aragón sobre los señoríos de Bigorre, de Foix, de Comminges, de Beziers, de Narbona. Lleva en su cortejo la flor de la caballería: el conde de Cerdeña, el conde del Rosellón, Guinara, Roger el IV.

El historiador, desde su hospital de sangre, les mira combatir. Ha acampado con ellos en Antioquía. Gastón el de Bearn, arquitecto, dirige las operaciones. En el primer combate recibe un golpe de ballesta en el costado. Pues Fortún de Ayarragaray, siente en su propio fianco el dolor de esta herida. No importa. Sus aquitanos vencen al fin, en las planicies del Oriente, a los Sultanes de Alet y de Nicea. Mas aún. Persiguen a los fugitivos

hasta las primeras montañas del Líbano.

Gastón, maravilla a nuestro Fortún con un mortero pedrero. El bearnés, que ha visto los del 42, no acaba de mirar y remirar este pedrero inocente. Sigue siempre a los suyos. Va al asedio de Jerusalén, a la batalla de Ascalón, a la rota de Trípoli. Lloro la muerte del conde de Tolosa. Ya de vuelta, en sus lares, ve cómo Roger de Foix cierra los ojos de su Arcinda, *los ojos más bellos de la tierra*. Ve cómo lleva los restos de San Antonio a la abadía de Lezat, y los de San Volusiano a la abadía de Montgausi.

Ve cómo, ya penitente, se lapida las carnes caducas. Ve cómo se muere después en el día más azul de 1111.

Aquí, en los folios de don Fortún de Ayarragaray, se asiste al

o o o o o o o
Ayarragaray,
el bearnés.
o o o o o o o



o o o o o o
Ayarragaray,
el bearnés.
o o o o o o

destino dorado de Gastón. Este conde doma por las crines a los banderizos de Ortesium, de Esium y Brumosus. Le pone la rodilla al pecho a Navarrus, el señor de Aix, que levantaba pendones contra el obispo de Lescar.

El bearnés relata estas penden-
cias con calor. Ha ultimado sus
narraciones después de Charleroi.
Se ha restituído a su tiempo, al
siglo XII, al siglo XIII, en plena
campana. O sea. Nuestro cama-
rada inolvidable es un historiador
ejemplar. Vive la historia y vive
para la historia. Dentro de seis, de
ocho siglos, pasará por aquí otro
historiador. Acaso tenga, como
don Fortún de Ayarragaray, un
bastón de nudos. Y acaso grabe
en este bastón, con un cuchillo de
monte, las efigies de esta guerra:
el Kaiser, Joffre, Castelnau.

Tendrá, como don Fortún, se-

gún el giro monasterial, dedica-
ción, vocación. Irá ordenando en
su retiro, los anales de estos días
de oro. De tarde en tarde dará a
los brazos de la estampa, un vo-
lumen lleno de cordura. Nuestros
tataranietos no pasarán los ojos
por las páginas de volumen. El
historiador, indiferente al menos-
precio, errará de aquí para allí.
Un día ante el cartulario del bear-
nés, se sentirá resarcido en sus
afanes. Averiguará que don For-
tún se ha batido como un león.
Y don Fortún, gracias a esta di-
ligencia, pasará prestanciosamen-
te—como Raimundo, el conde de
Tolosa—por un capítulo de la
Historia Universal.

Entre tanto, registraremos esta
paradoja vieja.

Federico II, en Rosbach comen-
taba la batalla de Munda. Nues-
tro bearnés en Charleroi, comenta

o o o o o o
Ayarragaray,
el bearnés.
o o o o o o

o o o o o o

Ayarragaray,
el bearnés.

o o o o o o

las cruzadas. Es más: siente en el flanco, agudamente, el golpe de ballesta que su compatriota Gastón recibe en Antioquía.

La historia recogerá también, como en un relicario, estas delicadezas de don Fortún de Ayarragaray de Belsunce. Este aquí tano ardiente vive la historia para la historia. Bien merecé un perfil en su bastón de nudos, que quedará también, Dios mediante, en los museos de la historia.



o o o o o o

Los judíos.

o o o o o o

LOS JUDÍOS

HE aquí—se decía de tarde en tarde—que Drumond, este viejo Drumond, sigue clamando contra el judío.

He aquí que apostrofa, iracundamente, a los nietos de Israel. Porque el judío, para Drumond, es el logrero, el tragediante, el tahur. Y este viejo Drumond se erguía como un granadero del consulado para dar más vigor a su contumelia. Se erguía para se-

Los judíos.

guir clamando: el judío es el buhonero ambiguo, el sayón.

Una vez interrogamos a nuestro amigo René Latour, que ahora está en las trincheras.

—¿Y usted es antisemita?

—¡Oh, sí!, nos contestó. Yo comparto el odio del señor Drumond hacia el israelita, el odio al vestigio mosaico, a la sinagoga, al talmud.

No hemos sabido combatir al judío. Nuestras armas eran el desdén, el silencio.

Cuando sobrevino el asunto Dreyfus, nos percatamos de un hecho. Los sayones pálidos, los israelitas se agolpaban tras de la enseña de su tribu. Y más aún: oponían su enseña a nuestro pabellón nacional. Les movía quizá un instinto ineluctable de casta. Se les llamaba, eso sí, desarraigados, camelleros sucios, merca-

Los judíos.

deres de gollerías. Mas entonces ellos nos tomaron las armas, el silencio, el desdén. Callaban, sonreían. Según algunos, la sonrisa hebrea es sutil como el filo de un menguante de luna.

Pero también se ha dicho que es sonrisa de liebre, sonrisa blanca. Les exhortamos a un armisticio, a una paz no onerosa. Pero sonreían, callaban siempre. Nuestro amigo René Latour se detuvo un instante a meditar sus palabras.

Nosotros — continuó — éramos treinta y ocho millones de franceses; los judíos eran doscientos mil. Y no pudimos, esta es la verdad, arrollarlos de pronto. Hay que tener presente que eran prestamistas, que eran monederos.

En la hacienda nacional había pilares de oro judío. Nuestro pe-



Los judíos.

nacho de combatientes se abría en el viento y nuestro empuje,—¡oh nuestro empuje galol—no les vulneraba, porque los hebreos no eran vulnerables ni por el talón. Rehabilitamos a Dreyfus. Poco después volvimos a nuestra malquerencia pristina. Hasta el señor Jaurés infligía agravios a los judíos.

Sus teorías milenarias no le atenuaron la animosidad. Y es que el señor Jaurés era en el fondo un patriota. Hubiera seguido, sin vacilar, a un tambor mayor hasta la frontera alemana.

No me arguya usted con las fichas corrientes. No es ahora la hora de descubrir el pensamiento judío o lo que tales o cuales profesores llaman el pensamiento judío.

No nos importa que León Hebreo sea oriundo de España, ni

Benito Spinoza oriundo de Portugal.

Pero sobre todo no me hable usted de los sefarditas de Constantinopla. Creo que un doctor español, el doctor Pulido, les quiere llevar a España. El doctor Pulido es un hombre demasiado ingenuo. Hay que dejarles a los sefarditas en la Estambul con su nostalgia, tan hebrea, del paraíso perdido.

Ahora, aquí, volvemos a recusar al judío. Drumond, el viejo quiere recluirlos en viviendas de barro en el suburbio. Una vez le preguntaron:

—¿Si usted fuera dictador, confiscaría los bienes de los judíos?

El patriota repuso sonriendo:

—Es probable que no—pero es más probable que sí.

Pero a pesar de Drumond los nietos de Israel, los tragediantes,



Los judíos.

los tahures, se insinúan en la vida nacional. Bullen y rebullen en las academias, en los salones, en los grandes diarios. Las nietas de Israel bullen y rebullen más aún. Pero yo soy antisemita y les miro cautamente al fondo de los ojos.

Yo en los días agudos del dreyfusismo, le silbé con saña a don Emilio Zola. Y aunque Dreyfus era inocente, no me arrepiento de la silba; no me arrepentiré jamás...

Nos acordamos hoy de René Latour, el estudiante. Y es porque hemos leído en la *Gaceta de Francfort* esta noticia:

Veinte mil judíos están combatiendo en los frentes.

Combatirán sin duda, combatirán hasta con denuedo.

Pero si Francia—siempre nobilísima—va a triunfar, es porque

millares de jóvenes como René Latour, se querellaron a tiempo contra el semitismo. Sí, contra el semitismo, que ya empezaba a dominar en las academias, en los salones, en el Parlamento.

Los judíos.



o o o o o o o

Filosofía
de la Historia.

o o o o o o o

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

DESEMPOLVEMOS amorosamente unas páginas del dietario de Fritz. Este Fritz era un viajero del siglo XVIII. Permaneció muchos años en las pequeñas Antillas. Moraba alternativamente en la isla de Guadalupe, en la de María Galante, en la Trinidad. El viajero confiaba sus cuitas a un dietario de tafíete que se conserva aún en Ruan. Fritz, aunque de padres ingleses, era del Sena inferior. Por eso, pues, legó todos sus pa-



o o o o o o o
Filosofía
de la Historia.
o o o o o o o

peles a la biblioteca más noble del departamento.

Fritz había tratado a un *piái*, a un hechicero caribe. Este *piái* fiel a la tradición de su raza, era canibal. Pues bien. Hay en el dietario del viajero francés un discurso del *piái* sobre el canibalismo. El caribe, como el hurón de Voltaire, diserta acompasadamente. Fritz conjetura que el *piái* fué de niño a un liceo de la Martinica. Dejaremos, en pie, esta conjetura prudente. Veamos ya el discurso que según el viajero de Ruan tiene periodos de una cadencia clásica.

«Un misionero de ojos azules, ha llegado a predicar su doctrina. Enseña que el canibalismo debe desaparecer del mundo. Nos exhorta a que desarraigemos una costumbre sancionada por los siglos. Pretende desvincular nues-

tros usos venerables. Nos induce a una abstinencia taimada que relajaría nuestra virtud. Nos dice que no comamos la carne del enemigo, la carne grata a los Dioses, según el poeta Gun Gun.

»Había ya guerreros delicados, que comían apenas para precaverse contra la enfermedad. Pero este misionero, de ojos azules, erige en norma la inapetencia. Temo que los caribes le entreguen al albedrío. El misionero da a su voz inflexiones persuasivas. Luego da a sus argucias una forma armoniosa que enerva los oídos. Los caribes, como isleños, al fin, se dejan embaucar por las palabras capciosas. En el festín de ayer inmolamos diez prisioneros. Pues hubo tres combatientes que se negaron a compartir la mesa con nosotros. El fraile se granjea paulatinamente prosélitos. Hay que de-

o o o o o o o
Filosofía
de la Historia.
o o o o o o o



volver su pompa ritual a estos banquetes estatuidos por los dioses.

»Gun Gun, cabeza de estopa, canta los festines de hace treinta siglos. Y no se rompen así como así estos hábitos que se inician en la prehistoria.

»Imaginemos un instante, solamente un instante, que renunciemos a la antropofagia. Los caribes se tornan ociosos. Se nutren indolentemente de raíces. Reblandecidos, al fin, se entregan al amor. (El *piái* describe con languidez estos intermedios eróticos. Mas, ahora mismo, vamos a mutilar pudorosamente sus licencias.) Entre tanto las tribus vecinas siguen guerreando, siguen comiendo carne humana. Un día deciden inapelablemente comernos a nosotros. Y aunque seamos los predilectos de los dioses, nos devoran con la alegría ritual.

»El poeta Gun Gun decía que hay cincuenta y dos matices en el sabor de los prisioneros.

»Los vencedores, pues, al paladearnos, se complacen de cincuenta y dos maneras. Y si las tribus vecinas no nos comen, nos comeremos, al fin, los unos a los otros.»

En seguida el *piái* explica por qué. Tendremos que compendiar, secamente, sus razones. La tribu, durante la tregua, se ha multiplicado con premura. Donde moraban seis mil tienen que morar doce mil. Los caribes que eran vegetarianos no quieren ya ni ver las raíces. Olfatean como una delicia de los dioses la carne humana. Se afilan voluptuosamente los dientes en la avidez de la presa.

«¿Qué hacemos?, se pregunta el *piái*. ¿Sacrificamos a los viejos para restaurar la sangre de los

adultos? La antigüedad nos ha legado ejemplos memorables. Gun Gun refiere que los ancianos de hace cuatro siglos, se entregaban sonriendo a la cuchilla del sacerdote. Ahora los viejos retrasan con artificios de doncella la senectud.

»La carne grata a los dioses era la carne macerada en los combates. La carne de nuestros ancianos se hace fofa en el ocio. Su sabor no tiene los cincuenta y dos matices. Lo confesaremos doloridamente: ya los viejos no sirven para nutrir adultos. Estamos lejos de los días de oro de la epopeya.»

El hechicero exalta después su estirpe, que es la estirpe de los Oyampis.

«Nuestros Oyampis, añade contraían en los combates las virtudes viriles. Volvían de la con-

tienda los que deben volver: los fuertes. Perecían los que deben morir: los débiles. Así la guerra, endurecía a la estirpe de hierro de los Oyampis. Nuestros antepasados, eran duros y eran, por tanto, nobles.»

El caribe cree con Gun Gun, cabeza de estopa que «la guerra mata a la guerra». «Amamos la gloria militar—añade—la amaremos siempre. Colgamos premeditadamente las tiendas en las lanzas de los combates. Algunas noches, al resplandor de la luna, los Oyemis, hermosos como estatuas blanden sus flechas para bailar. Son los vencedores, los que restauran su sangre en los festines. Son los canibales de los dientes de lobo y el corazón de león. Y mientras danzan en el frenesí del mito, las doncellas palidecen de amor.»

El *piat* ruega después a los suyos que no se rindan a las argucias encantadoras del misionero. Y termina con una frase terrible que puede servir de tema a la filosofía del martillo. «Apeted a las razas in apetentes.»

* *

Si el *piat* caribe fué electivamente al Liceo de la Martinica pudo poner al pie de este elogio del canibalismo las palabras que Erasmo, el de Rotterdam, puso al pie del Elogio de la locura. Son así, si la memoria nos es del todo fiel:

«Mais je passe les bornes et il faut en finir. Si vous trouvez que j'ai deraisonné ou trop causé rappelez vous que je suis la folie et femme qui pis est.

Vous vous attendez a une conclusion, je le bois bien. Triples

fous que vous êtes. ¿Croyez vous donc que je me souviens d'un seul mot du potpourri que je viens de vous débiter?

Les anciens disaient: «Je haïs un convive qui a trop bonne mémoire». Et moi je vous dis: Je haïs un auditeur qui se souvient de tout. Adieu donc, applaudissez, vivez en joie et buvez sec, illustres adeptes de la Folie.

* *

Aunque ahora consideraciones muy semejantes a las del caribe son, según se dice, filosofía de la historia.



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

El caos étnico.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

EL CAOS ÉTNICO

El uno.—Hay un librito casi popular del señor Finot. Este señor combate, no sin cierta acritud, a otro señor famoso, a un alemán, a...

El otro.—A Hutson Chamberlain.

El uno.—Sí, sí. Yo creo que le hiere en el talón. Es un polemista que sabe desbaratar.

El otro.—El señor Finot cree que no hay razas puras.

El uno.—Es que no las hay. Aun las mejores tienen su gota de sangre bastarda.

El otro.—Sí, pero han litigado



o o o o o o

El caos étnico.

o o o o o o

suficientemente su hidalguía. Tienen, según el giro de los reyes de armas, veinte generaciones. Ya bastan, ya bastan...

El uno.—Sin ir más lejos los franceses no son de raza francesa.

El otro.—Presiento que me va a argüir con la etnografía. El señor Finot vierte en una copa sangre francesa. Luego la mira y la remira al trasluz y dice: *He aquí una sangre de sesenta razas.*

El uno.—Sangre de silurios, de iberos, de vascos, de biturizos, de pictones.

El otro.—No se remonte tanto.

El uno.—Sangre de Cambolestos, de carnutos, de curiosolitos, de abricatuenses, de taifales.

El otro.—¿Más aún, amigo mío, más aún?

El uno.—Sangre de Agatirsos, de rutenios, de visigodos, de francos, de sajones...

El otro.—¿De sajones? Usted se funda en documentos que tienen también su gota bastarda.

El uno.—Sangre de suevos, de fenicios, de etruscos, de árabes, de pelasgos, de...

El otro.—No es menester enumerar a esas gentes tan viejas. El señor Finot y usted son terribles.

El uno.—No tan terribles. Pero dialoguemos con orden. Empezaré por una impostura pintoresca: la de los arios.

El otro.—¿Ha dicho usted impostura pintoresca? ¡Qué osadía la de usted, qué osadía!

El uno.—He dicho impostura, aunque usted se alarme. Había que investigar nuestro origen. Y estuvimos durante veinte centurias, braceando en las tinieblas. Un día el señor de Bopp nos hizo revelaciones. Yo presumo que usted ha recibido noticias de este señor.

o o o o o o

El caos étnico.

o o o o o o



•••••

El caos étnico.

•••••

Nuestros ascendientes remotos, eran según F. Bopp, los arios ¡Ah, los arios rubios de las metetas del Asia! ¿Pero de dónde les extraña? ¿Del Zendavesta? Justamente, del Zendavesta.

El otro.—Siga usted.

El uno.—Los arios significan los nobles, según los unos, y los arios según los otros. Aunque eso de las etimologías es algo así como el juego de las charadas. No compromete la reputación de nadie.

El otro.—Hombre, hombre...

El uno.—Helanicus, es decir, yo creo que era Helanicus el risueño, nos asegura que la Persia se llamó primitivamente el Arya. De modo que los medas fueron arios también. Aunque todos después el escita, el albanés, el aborigen de Armenia, resultaban arios.

•••••

El caos étnico.

•••••

El otro.—Ponga usted más orden en sus ideas. No hay un interlocutor más capcioso que usted.

El uno.—Se partió de una analogía entre las lenguas de los grupos indoeuropeos. Se supuso que estas lenguas eran las ramas de un tronco común. Y este tronco, mi buen amigo, era el pueblo ario.

El otro.—¿Entonces?

El uno.—Este pueblo existe para la filología comparada, pero no ciertamente para la prehistoria.

El otro.—No juguemos con las disciplinas miliares. Es mejor que juguemos al ajedrez...

El uno.—Yo creo que no. Le decía que unos señores filólogos, un Bopp, un Schelegel, un Curtius, son los creadores del pueblo ario.

El otro.—Eso me recuerda a un minero de aquí a quien usted conoce. Este minero, quería, vagamente, una casa de linajes. Y



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

El caos étnico.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

mandó construir la casa solar... de su abuelo...

El uno.—Pues así ha procedido medio centenar de investigadores. Han construido para ennoblecer nuestro origen, un pueblo digno de nosotros.

El otro.—Es una manera de consolarnos. La filosofía comparada ha extraído de su aridez una quimera armoniosa...

El uno.—El señor Finot esclarece después la impostura germana.

El otro.—¿Y es pintoresca también?

El uno.—No, eso no. Los germanos suceden a los arios. ¡Ah, el germano, el *homo europeus flavus*. Usted quizá sea un hombre germano.

El otro.—Tal vez. Tengo los ojos azules. He comprobado, con los compases, mi braquicefalia.

El uno.—La impostura germa-

na, como la otra, tiene sus sabios.

Usted ha recibido noticias de un Vilser de Ujfalvi, de un Wultmann...

El otro.—Muy sumarias, verdaderamente sumarias.

El uno.—No importa. Pues entre todos ellos han repartido germanos por el mundo. Hasta en la China, según Poesche, en el valle de Hoangho, hay germanos. Los profesores que han formulado la teoría, han formulado también las secuencias. Todos los hombres de alto relieve resultan germanos. Algunos, y más que algunos, no tienen como usted, ni braquicefalia, ni ojos azules. No importa: se les perdonan sus tecec morenas.

El otro.—¿Así, pues, un Buonarotti, no es más que un Bolmrodt.

El uno.—No es más ni menos. Ya le he dicho a usted. Todos

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

El caos étnico.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

o o o o o o

El caos étnico.

o o o o o o

los hombres de alto relieve son (según estos profesores de antropología, filología o etnografía) de prosapia germánica.

El Giotto, es Sotte, Vinci, Bincke; Murillo; Moerl. Wultmann ha deformado, igual que los apellidos de estos tres pintores, los apellidos de centenares de hombres ilustres.

El otro.—¡Qué alteraciones más infantiles! Pero esos germanos, ¿de dónde vienen? Es decir: ¿de dónde venimos?

El uno.—Quién sabe. Según Virchow, de Oriente, según Schlegel, de la India, según Linck del Asia, según Pictet de la Bactriana.

El otro.—Siempre la Babel, o como dice el pueblo, el lío.

El uno.—Según Huxley, de un país situado entre los Urales y el mar del Norte, según Onalius, de Halloy del Norte de Europa.

El otro.—Del choque de las opiniones sale la luz.

El uno.—Pues estos sabios y otros más discrepan también al hablar de otras cosas: de la estatura, del idioma, de las costumbres germanas.

El otro.—Y los alemanes ¿son los herederos de esos germanos?

El uno.—El señor Finot luego de mirar y remirar al trasluz, una copa de sangre francesa, decía: «He aquí la sangre de sesenta razas. Pues si mira y remira en otra copa la sangre alemana podrá decir: *He aquí la sangre de ochenta y cinco razas.*»

El otro.—No me las enumere ahora.

El uno.—Desbaratemos ya el prejuicio latino.

El otro.—No, no; ¿para qué? Los prejuicios no se desbaratan así como así.

o o o o o o

El caos étnico.

o o o o o o

o o o o o o

El caos étnico.

o o o o o o

El uno.—¿Pero es que usted sigue creyendo en las razas?

El otro.—Sí, ciegamente.

El uno.—¿Ciegamente?

El otro.—Ciegamente. Usted se remonta demasiado. Las razas, son después de todo, los pueblos que han litigado su hidalguía. Veinte generaciones bastan para litigarla.

El uno.—Todos los países tienen veinte generaciones de sangre limpia.

El otro.—Pues entonces, no hablemos más.

Estos días con la guerra, sobreviene otra vez el pleito de las razas. ¿Dónde hemos oído el diálogo del *uno* y del *otro*?... ¿En un casino, en una redacción, en un tranvía? No lo recordamos.



o o o o o o

¡Esa Italia eterna!

o o o o o o

¡ESA ITALIA ETERNA!

LOS contertulios departen sobre Venecia. Nosotros oímos y escribimos meticulosamente. No aprobamos ni desaprobamos a estos queridos interlocutores.

El pintor.—Para mí la *Venus* del Giorgione es la alegoría de Venecia. Esa mujer tiene el aire de la ciudad. Ha llevado a la galería real de Dresde la transparencia del golfo...

El amigo del pintor.—¿Sí?

El pintor.—Ya he dicho que sí. La *Venus* del Giorgione sueña con

o o o o o o
¡Esa Italia
eterna!

o o o o o o

su esplendor. Recuerden un instante su desnudez dorada y estucada. La *Venus* para dormir se reclina sobre los terciopelos, sin laxitud. Teme, quizá, al genovés de sangre ligur, que avía sus bajeles para la presa.

El amigo del pintor.—¿Sí?

El pintor.—Venecia y esta mujer temen la hegemonía lombarda. Pero Venecia es el mar. Es la madre de los Pisonis.

El disidente perpetuo.—Sí, pero la vertiente tirrena amamanta señores del mar. Si Venecia es la madre de los Pisonis, la Liguria es la madre de los Dorias.

El pintor.—La *Venus* del Giorgione no quiere ser genovesa.

El diletante.—Yo amo tanto como usted el lienzo de Giorgione. Puede ser una alegoría de la ciudad. Pero el fondo que el artista ha puesto en su tela no es genuina-

mente veneciano. Es una campiña regada por el sol, una campiña más.

Ese mismo artista ha puesto fondos más venecianos en otras telas. Recuerde usted *El retorno de los embajadores*. El Carpaccio hizo también pintura con ese tema. En esos fondos es donde vibra, reverberantemente, el cielo de Venecia.

El viajero.—Es verdad.

El diletante.—Hay palacios. Sobre los palacios, los pabellones de la señoría flamean al viento. Se vé más lejos el mar, donde ensayan sus saltos estéticos los delfines. Una urca redonda iza sus velas para zarpar.

El pintor.—Y eso con los mejores oros, con los mejores púrpuras, con los mejores grises de plata.

El diletante.—La Venecia no envilecida aún por las lunas de miel.

o o o o o o
¡Esa Italia
eterna!

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
¡Esa Italia
eternal

El aprendiz de historiador.—
Cuando el Giorgione pinta su *Venus*, Venecia va a decaer. Ya el dux Toscardi ha llorado sobre los lises del armorial. Los guerreros de la república han perdido sus banderas en Pó, en Cremona, en Caravaggio. El turco desenvuelve paulatinamente su poderío...

El arquitecto que lee a Ruskin.—
Ya lo dice el maestro. Se ha agotado en 1429 la Venecia mística.

El amigo del pintor.—¿En 1429?

El arquitecto que lee a Ruskin.—
En 1429, en 1430, en 1431: no es menester precisar. El maestro ya dice que en el Palacio ducal, Grimani el dux, se arrodilla ante la Fe. Pero el Tiziano no le ha puesto el éxtasis en los ojos. Se ha complacido más bien en las calidades de la armadura.

El pintor.—No importa.

El disidente perpetuo.—Si importa, sí importa.

El arquitecto que lee a Ruskin.—
Cuando el Giorgione pinta su *Venus*, la arquitectura ha decaído también. En el Palacio confluyen, según el maestro, las tres escuelas.

El agente de bolsa.—¿Cuáles son las tres escuelas?

El diletante.—¿Cuáles han de ser?: la romana, la lombarda y la árabe. Es elemental.

El amigo del pintor.—Eso creo yo.

El arquitecto que lee a Ruskin.—
En los siglos IX, X y XI, la arquitectura veneciana es igual que la arquitectura del Cairo bajo los califas. La ciudad se llena de alarifes bizantinos.

El agente de bolsa.—Es curioso: ¿y después?

El arquitecto que lee a Ruskin.—
Pues se acentúa el aire mudéjar.

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
¡Esa Italia
eternal

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
¡Esa Italia
eterna!
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

Se adelgazan, hasta la fluidez, las columnas. El arco de medio punto se cierra agudamente. La ornamentación...

El agente de bolsa.—Es curioso; es cada vez más curioso.

El historiador.—Yo creo, como cree Ruskin, que las dos columnas de granito de Plazetta, son anteriores a 1180.

El diletante.—Ya en el siglo XIII se insinúa, gracias a los franciscanos, la delicadeza gótica.

El poeta.—No aclimató, no aclimató. El ojival tenía un vestigio lombardo.

El periodista.—¿Y luego?

El viajero.—Luego, ya no tenía. Hay una plenitud entre el siglo XIII y XV.

El arquitecto que lee a Ruskin.—El gótico veneciano lleno de opulencia. Y ya en el siglo XV es cuando la arquitectura declina.

El catedrático.—Bien, bien. Ustedes departen sobre Venecia para no departir sobre Italia.

El militar.—Italia se ha conducido como siempre, con perfidia.

El agregado de embajada.—La perfidia es una virtud. Yo creo que la virtud en las cancillerías es la virtuosidad. O si ustedes desean, la eficacia.

El abogado.—Se puede arruinar desde luego esa argucia. Voy a alegar tres razones cardinales.

El periodista.—No, hombre, no. Esta asamblea deliberante las presiente. Guarde usted sus bachelorías.

El agregado de embajada.—¿Ustedes han leído *El Príncipe*? Allí se disculpa con adustez glacial la bastardía, la doblez, el crimen.

El ensayista.—Poco a poco, amigo. Usted resbala.

El abogado.—Es que allí diserta

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
¡Esa Italia
eterna!
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
¡Esa Italia
eternal!
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○

un valido viejo, un casuista, un zorro. Pero Saavedra, Baltasar, Schiopus, Gracián, Osnabruck, Corradi, le han mirado al trasluz los argumentos.

El ensayista.—Poco a poco. Hay, sí, en el libro, apotegmas crueles. Se ha dicho que una frase del autor resume su doctrina. «Ser vulpeja para conocer los lazos; ser león para espantar los lobos.» ¡Oh, no! El embajador era demasiado sagaz para contraer así su doctrina...

El periodista.—Pues allí ensalza a César Borgia.

El ensayista.—Ciertamente. Examina su conducta. Su primera codicia: un señorío; su primera conquista: la Romaña. Disculpa su crimen de Sinigalia para desbaratar la doblez de sus aliados. Pesa sus lisonjas al colegio de cardenales; asiente a su incursión en

Perusa y en el Piombino. Cuenta y recuenta sus acciones de hombres de presa. Y es más: lo propone a la imitación de los príncipes nuevos. El secretario, al escribir el libro, es un espectador. Y hay, ya lo saben ustedes, una moral de espectador. Pero no se crea que especular con el entendimiento es delinquir. Eso no. Además pone en su prosa una reverberación ideal para los ojos limpios, para las almas limpias. Un entendimiento sutil hace visos como el ópalo. El autor prodiga, por otra parte, atenuaciones adversativas. Así, un comentador trivial de su libro, nos daba esta noticia alarmante. «Allí se elogia a Agatocles, que fué un malvado.» La noticia es cierta. Se dice de Agatocles que fué en cierto modo un héroe. Pero en seguida viene la atenuación. Y se dice: «Su crueldad no consiente que a

○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○
¡Esa Italia
eternal!
○ ○ ○ ○ ○ ○ ○ ○



o o o o o o o

¡Esa Italia
eterna!

o o o o o o o

este gran capitán se le cuente entre los grandes hombres». El embajador cree que Borgia era un príncipe ejemplar para la Italia del XV, que era el *regno diviso*.

Pero cuando abstrae sus arquetipos de Italia, va enalteciendo la memoria de Moisés, de Ciro, de Tesco... Y entonces y siempre templa su pluma en el amor ardiente de la patria.

El militar.—Usted va a disculpar al fin a Italia.

El ensayista.—Desde luego. Si la perfidia suplanta a los cañones, ¡viva la perfidia!

El militar.—Con el enemigo, sí; no con el amigo. ¿Austria y Alemania son culpables del fracaso de Italia, en Massoua, en Kassala, en Adua?

El ensayista.—Acaso, acaso...

AURELIO ARTETA,

PINTOR

HIZO LA PORTADA.

FÉLIX AGÜERO,

DECORADOR

HIZO LAS GÁRGOLAS.





